DOCUMENTOS del COMUNISMO

DIRIGIDOS POR W. KOCH

CLARA ZETKIN

recuerdos sobre LENIN

EDITORIAL CENIT, S.A.

1.50 pts

DOCUMENTOS DE COMUNISMO

dirigidos por W. ROCES

Respondiendo a las peticiones constantes de nuestros le[illegible] para que completemos la obra de difusión de la doctrina marx[illegible] ta de nuestra «Biblioteca Carlos Marx» y de nuestros «Cuader[illegible] de cultura proletaria» con una serie de folletos de precio módico sobre las manifestaciones doctrinales más salientes de comunismo, hemos creado y puesto bajo la dirección exclusiva de W. Roces esta nueva colección.

En ella nos proponemos publicar las obras fundamentales clásicas y modernas de doctrina comunista que por su extensión puedan ser recogidas en forma de folletos y con un precio reducido, accesible a todas las posibilidades. Estos folletos orientarán acerca de los problemas centrales del comunismo como teoria y como táctica y darán a conocer también lo más saliente de la crítica y la polémica comunistas en el análisis de otros sistemas o en el enjuiciamiento de los hechos de la realidad politica y social. También dedicaremos una atención preferente a la exposición de los problemas y las realizaciones del socialismo en la Unión Soviética, a través de los estudios de sus representantes más caracterizados.

Nuestro propósito es que esta colección sirva para documentar a todos los lectores sobre los problemas económicos, políticos y sociales del día, desde el punto de vista del marxismo revolucionario.

Las traducciones de los trabajos que se publiquen en esta colección serán siempre directas, completas y escrupulosamente redactadas.

DOCUMENTOS DE COMUNISMO

DIRIGIDOS POR

W. ROCES

3(1250-2)

CLARA ZETKIN

Recuerdos sobre Lenin

Traducción del alemán por

W. ROCES

EDITORIAL CENIT, S. A.—MADRID

Reservados todos los derechos de reproducción
EDITORIAL CENIT, S. A.—MADRID, 1934

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

IMP-ROT. (IMPRENTA ROTATIVA) ANDRES MELLADO, 4

Deseosos de contribuir desde aquí a la celebración del décimo aniversario de la muerte de Lenin, damos a la luz estos recuerdos sobre el maestro de Clara Zetkin, la valiente luchadora del proletariado, muerta hace pocos meses en Moscú. Gran amiga de Lenin y camarada suya en la vanguardia del proletariado, Clara Zetkin traza en estas páginas una imagen del guía inmortal del socialismo, en las que su personalidad se ve vivir con una fuerza maravillosa. En ellas se destaca, además, la posición de Lenin ante problemas importantísimos del movimiento social, tales como el de la mujer, el problema sexual, el problema del arte y la cultura, con aspectos que él mismo, acuciado por los deberes continuos de la lucha revolucionaria, no tuvo ocasión de exponer directamente en sus escritos ni en sus discursos. A través del relato de Clara Zetkin, cuya entereza revolucionaria no dejaba resquicio alguno al oportunismo, estos aspectos de la ideología leninista llegan a nosotros reflejados indudablemente con una pureza absoluta y en toda su integridad. Pero lo más importante de los recuerdos de Clara Zetkin, inéditos hasta hoy en España, es, sin ningún género de duda, el vigor con que en ellos se transparentan la personalidad humana de Lenin, sus dotes de guía y de maestro, la amplitud de su inteligencia para encauzar el movimiento revolucionario de la clase trabajadora, poniendo a su servicio todos los elementos aprovechables sin tergiversar ni empañar jamás la línea proletaria de la lucha. Lenin se mantuvo siempre tan alejado del sectarismo como del confusionismo. Esta es la enseñanza más clara que se desprende de los recuerdos de Clara Zetkin, y si su publicación contribuye a infiltrar en el espíritu y en la conducta de cuantos dicen seguirle esta gran verdad, rendirán el mejor homenaje a la memoria y sobre todo a la enseñanza viva de Lenin en el décimo aniversario de su muerte.

W. R.

10 enero 1934.

Aquerón de las masas femeninas no tiene más remedio que moverse, más tarde o más temprano.

* * *

El primer año del proletariado revolucionario sin Lenin. Este año ha venido a comprobar la firmeza de su obra, la descollante genialidad del guía y del maestro. Nos ha hecho sentir cuán grande y cuán insustituible es la pérdida sufrida. Los cañonazos sordos anuncian la hora sombría, en que hoy hace un año Lenin cerró para siempre aquellos ojos que sabían mirar tan lejos y tan hondo. Veo las filas interminables de hombres y mujeres del pueblo trabajador que marchan, envueltos en tristeza, hacia la tumba de Lenin. Su duelo es mi duelo, es el duelo de millones de seres. Pero del dolor reavivado se alza con fuerza arrolladora el recuerdo, que es una realidad ante la que el presente angustioso se derrumba. Me parece estar escuchando cada palabra pronunciada por Lenin ante mí. Me parece estar viendo todos los gestos de su cara... Miles de banderas se inclinan ante su tumba; son banderas teñidas con la sangre de las luchas revolucionarias. Miles de coronas de laurel se depositan sobre ella. Todo es poco. A ello uno yo estas modestas páginas.

Moscú, fines de enero de 1925.

BIBLIOTECA NACIONAL
25 JUL. 1961
Secc. Control y Cat.

Quien desee adquirir una cultura marxista sólida y completa, para poder situarse con plena conciencia ante los problemas sociales de nuestros dias, deberá adquirir las obras siguientes:

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

dirigidos por H. Duncker, A. Goldschmidt, K. A. Wittvogel. Versión española por W. Roces.

Estos cuadernos ponen al alcance de todos los lectores, sin necesidad de poseer ningún conocimiento previo, las enseñanzas revolucionarias del marxismo; su estudio es un instrumento indispensable para cuantos quieran capacitarse con vistas a la actual lucha de clases. Es la única divulgación seria y fiel que existe de la teoría marxista y una verdadera escuela proletaria por correspondencia.

Temas de los primeros cuadernos:

Curso I. ECONOMIA POLITICA (en doce cuadernos)

Cuaderno 1.°, *La teoria marxista del valor*. Cuaderno 2.°, *Capital y plusvalía* (primera parte). Cuaderno 3.°, *Capital y plusvalía* (segunda parte). Cuaderno 4.°, *El salario y la acumulación del capital* (primera parte). Cuaderno 5.°, *El salario y la acumulación del capital* (segunda parte) Cuaderno 6.°, *Distribución de la plusvalía* (primera parte). Cuaderno 7.°, *Distribución de la plusvalía* (segunda parte). Cuaderno 8.°, *Las crisis económicas* (primera parte). Cuaderno 9.°, *Las crisis económicas* (segunda parte). Cuaderno 10, *El imperialismo* (primera parte).

Curso II. HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL (en once cuadernos).

Cuaderno 1.°, *La gran Revolución francesa*. Cuaderno 2.°, *La revolución industrial inglesa y el cartismo*. Cuaderno 3.°, *La revolución de 1848 en Francia y en Alemania*. Cuaderno 4.°, *La Primera Internacional y la Comuna de Paris* Cuaderno 5.°, *El movimiento obrero inglés en la época del imperialismo, antes de la guerra*. Cuaderno 6.°, *El movimiento obrero alemán hasta la guerra mundial*.

Estos cuadernos se venden sueltos, en quioscos y librerías, al precio de UNA PESETA. Pedidos, previo envio de su importe en sellos de Correos o por giro postal, a EDITORIAL CENIT. Apartado 1229. MADRID.

CUADERNOS DE CULTURA PROLETARIA

Esta reciente publicación pone al alcance de los estudiosos modestos las obras fundamentales de los grandes hombres del socialismo cientifico. Ha comenzado con la *edición íntegra* de la obra cumbre, de Carlos Marx, EL CAPITAL, publicándose en cada cuaderno, aparte de 32 páginas de texto, dos de indice de nombres y otras dos de vocabulario-explicación de los términos dificiles empleados por el autor.

Aparece un cuaderno cada quince días y su precio es el de 0,80 pesetas. Pedidos, previo envío de su importe en sellos de Correos o por giro postal, a

EDITORIAL CENIT, S. A.—Apartado de Correos 1229.—MADRID

DOCUMENTOS PUBLICADOS:

F. ENGELS

Carlos Marx

(1818-1883.) En conmemoración del 50.° aniversario de su muer... 0,35 pese...

J. STALIN

Balance del primer Plan quinquenal

Texto íntegro del discurso pronunciado ante el Pleno del C. ... del P. C. de la U. S. el 7 de enero de 1933. 0,60 pesetas

D. MANUILSKI

Los "socialistas", la democracia, el fascismo y el frente único

0,60 pesetas

CARLOS RADEK

El porqué del fascismo

Cómo subió Hitler al Poder. 0,60 pesetas

J. STALIN

¿Qué es la dictadura del proletariado?

J. STALIN 0,35 pesetas

Estrategia y táctica de la revolución

CLARA ZETKIN 0,35 pesetas

Recuerdos sobre Lenin

W. SORIN

Biografía de Lenin 1,50 pesetas

J. STALIN

La teoría de la revolución proletaria 1,50 pesetas

0,35 pesetas

Clara Zetkin

11(773-12)

LENIN

(Recuerdos sobre su vida)

COLECCION
"FIRMEZA"

EDITORIAL "FIRMEZA"

SANTIAGO DE CHILE
Talleres Gráficos «Artullo»
HUÉRFANOS 2568

Clara Zetkin

LENIN

(Recuerdos sobre su vida)

EDITORIAL "FIRMEZA" - SANTIAGO
1936

Damos a la luz estos recuerdos sobre el maestro de Clara Zetkin, la valiente luchadora del proletariado muerta en Moscú el año 1933. Gran amiga de Lenin y camarada suya en la vanguardia del proletariado, Clara Zetkin traza en estas páginas una imagen del guía del socialismo, en las que su personalidad se vé vivir con una fuerza maravillosa. En ellas se destaca, además, la posición de Lenin ante problemas importantísimos del movimiento social tales como el de la mujer, el problema sexual, el problema del arte y la cultura, con aspectos que él mismo, acuciado por los deberes continuos de la lucha revolucionaria, no tuvo ocasión de exponer directamente en sus escritos ni en sus discursos. A través del relato de Clara Zetkin estos aspectos de la ideología leninista llegan a nosotros reflejados indudadablemente con una pureza absoluta y en toda su integridad. Pero lo más importante de los recuerdos de Clara Zetkin, es, sin ningún género de duda, el vigor con que en ellos se transparentan la personalidad humana de Lenin, sus dotes de guía y de maestro, la amplitud de su inteligencia para encauzar el movimiento de la clase trabajadora, poniendo a su servicio todos los elementos aprovechables sin tergiversar ni empañar jamás la línea proletaria de la lucha.

CLARA ZETKIN

por N. Bujarin

Clara Zetkin, veterana del movimiento revolucionario proletario, camarada de armas de Federico Engels, fundadora de la II Internacional, pionera del comunismo alemán, amiga de Rosa Luxemburgo y Franz Mehring, maestra de Carlos Liebknecht, dirigente destacada de la Cominter y gran amiga de nuestro Ilitch, murió en la noche del 20 de Junio (de 1933). El frío soplo de la muerte ha apagado un grande, valiente y noble espíritu; ha paralizado un incansable y cálido corazón, encendido en un poderoso amor hacia el proletariado y en un odio irreconciliable para la plutocracia y el filisteísmo ha puesto fin a una vida magnífica, heroica, fundida por entero con la vida de la clase trabajadora revolucionaria.

La vieja e incansable águila del movimiento comunista, la valiente luchadora de temperamento indomable, yace ya en tierra con las alas rotas; los estandartes rojos que ondean a media asta sobre el cuerpo de la camarada muerta están enlutados con crespones negros.

La muerte, aquí, parece un fenómeno "natural". Completa y cierra un largo cortejo de años, un desfile de generaciones y de épocas enteras. El libro de la vida fué, en este caso, inmenso y emocionante, y Clara lo leyó hasta el fin, no rindiéndose a la tumba hasta que su organismo estaba completamente minado por

el gusano del tiempo. Sin embargo la muerte de Clara causará un dolor profundo a cuantos conocían a esa luchadora firme e incansable. Pues en su cuerpo frágil vivía una voluntad tan inflexible, pulsaban y latían en él tales sentimientos, lo iluminaba un espíritu tan fuerte y tan grande, que se le hace a uno duro creer la mala nueva e imposible tomar "filosóficamente" el hecho de que ya nunca volveremos a oír el grito apasionado del águila anciana, a sentir los latidos de aquel sensible corazón de oro, a ser guiados e inspirados por su espíritu.

Todavía era una muchacha, con una cara altiva, orgullosa y enérgica, cuando entró en las filas de la socialdemocracia alemana; era por los tiempos en que los látigos y los escorpiones de la ley de Bismarck contra los socialistas se clavaban en el cuerpo del Partido. La socialdemocracia alemana vivía el período heroico de su historia. Era un partido puesto fuera de la Ley. Las celdas de las cárceles albergaban a sus miembros más activos. Eran tiempos de lucha y de confianza en el triunfo. Y Clara, plena de juventud, se lanzó alegremente al movimiento obrero. Se incorporó a él para no abandonarlo ya en toda la vida, como el más fiel de los fieles y verdaderos revolucionarios.

Para nosotros, la tormenta revolucionaria es elemento de vida, y no una dura prueba que haya de resistir, porque así lo exige el "deber". Para Clara la lucha revolucionaria fué desde el primer día una necesidad vital; ella no "sacrificaba", realmente, nada a la revolución, pues no es sacrificio abrazar aquello sin que no se puede vivir. Luchó toda su vida en la

filas del proletariado; pero para ella luchar era vivir, y la lucha regaba de sangre su cálido corazón y su brillante espíritu. Ella no volvió la espalda al mundo de las gentes "ricas y bien educadas" para buscar la corona de ningún martirio, sino para vivir gozosamente y para luchar contra el sistema que destruye el goce de vida de millones de seres y ceba a rebaños de cerdos "civilizados", ahítos y sedientos de sangre, hundiendo a la humanidad en los sangrientos torbellinos sin fondo de la guerra, la miseria y la esclavitud.

Clara Zetkin libró una gloriosa batalla contra el régimen de hierro de Bismarck. Largos años de emigración en Suiza y París la lanzaron a la palestra internacional. Trabajó con entusiasmo entre los obreros franceses, y pronto su brillante y vívido cerebro, su temperamento volcánico y su gran fuerza de voluntad la hicieron popular; en ella no había nada que recordase, ni de lejos, a la "alemana" tradicional.

En la década del 90, regresó a Alemania y tomó en seguida a su cargo la dirección de la "Igualdad" ("Gleichheit"), órgano del movimiento femenino proletario. Tuvo la dicha de entrar en estrecho contacto y en relaciones de amistad con Engels. No podía apetecer mejor inspiración; pues Engels, además de un espíritu privilegiado y de una gran fuerza de optimismo y su jovialidad revolucionaria ejercían una penetración, irradiaba vida y entusiasmo; su cálido efecto maravilloso sobre cuantos le rodeaban.

Pero pronto comenzó a manifestarse la crisis ideológica de la socialdemocracia. Surgió una falange de revisionistas que, capitaneados por E. Bernstein, co-

comenzaron a atacar la teoría y la táctica del marxismo: la dialéctica materialista y el materialismo histórico, la teoría del valor; la concentración y centralización del capital; la doctrina de la agudización de los antagonismos de clase; la idea de la revolución proletaria, de la bancarrota de la burguesía y de la meta final: todo se negaba o ponía en tela de juicio, todo se limaba y adaptaba al espíritu liberal.

Comenzó a predicarse abiertamente una política reformista. Se exaltaba en voz alta y a todos los vientos el "cretinismo parlamentario". En el seno de la socialdemocracia iba formándose el núcleo traidor que, más tarde, había de adueñarse de la situación. Clara Zetkin arremetió contra los revisionistas, espada en mano, y convirtió la revista que dirigía en una verdadera fortaleza de ideas, de la que partían incesantes ataques contra los Bernstein, los David, los Franck y compañía.

Su orientación y la natural inclinación de su espíritu y su carácter la hicieron intimidar con otra figura del partido que provenía de distinto flanco: con Rosa de Luxemburgo. Rosa Luxemburgo procedía de la socialdemocracia polaca y sobre ella había soplado el fiero aliento de la batalla revolucionaria rusa. Esta dirigente del movimiento obrero revolucionario era, pese a todos sus errores, uno de los mayores talentos del proletariado internacional y una de las figuras más descollantes entre las ilustres mujeres que militaban en él. Clara Zetkin se sintió estrechamente unida a Rosa, y, cuando sobrevino la trágica muerte de esta gran mujer revolucionaria, hecha pedazos por los perros de la oficialidad del Ejército y los lacayos social-

demócratas, estaba unida a ella por los lazos de una amistad leal, fuerte e inconmovible.

En la socialdemocracia alemana, Clara ocupaba, pues, su puesto en el flanco izquierdo, sintiéndose cada vez más arrastrada hacia el ala "izquierda radical" que comenzaba a dibujarse entonces.

La influencia de la revolución rusa de 1905 agitó la vida ideológica y política del partido, y la discusión que hubo de entablarse en torno a la táctica de las masas fué como una piedra de toque, ante la cual ya los diferentes criterios señalados por aquel entonces auguraban la futura división y desintegración de la socialdemocracia. Kautsky comenzaba ya a desempeñar el papel de la "áurea mediocridad" o del llamado "centro", dando sus primeros pasos cautelosos hacia la posición que actualmente ocupa.

Los años anteriores a la guerra fueron años de preparación del catatacliamo mundial que se avecinaba. Los problemas relacionados con el imperialismo —desde el elevado coste de vida hasta la política colonial, desde la lucha contra los aranceles y los altos impuestos hasta la campaña contra el peligro de guerra— estaban constantemente a la orden del día. Las asambleas nacionales de los partidos y los congresos socialistas internacionales votaban resoluciones contra la guerra, pero en las discusiones promovidas acerca de los métodos de lucha se percibían por todas partes los gérmenes de futuras escisiones y de lucha a vida o muerte entre el marxismo revolucionario y los oportunistas de toda casta.

Por fin, hablaron los cañones, y se encendió la gran hoguera de la guerra mundial. En la Alemania

del Káiser, en aquel establo de los "junkers" prusianos, sobre el que Marx y Engels habían vertido su sarcasmo de fuego, los dirigentes socialdemócratas se arrodillaron ante los mariscales del Estado Mayor y ante sus colegas seculares y espirituales. La II Internacional se declaró en quiebra, y fué necesario romper con los dirigentes traidores y afrontar una lucha sin tregua contra todas las fuerzas legales del país, desde la máquina militar y policíaca del Estado hasta los jefes de la socialdemocracia oficial.

Fué en esta atmósfera de esfuerzo sobrehumano, de ley marcial, de opresión por el terror, de traición de los jefes, influencia hipnótica sobre las masas por parte de los poderes imperialistas, con su ciega ideología patriótica y las virtudes del bandidaje "nacional", cuando se formó la Liga espartaquista (el Spartakusbund-, creada para acaudillar a los esclavos asalariados de los tiempos modernos en su lucha sangrienta contra los poderes esclavizadores.

El guía idológico y el alma de este movimiento era Rosa Luxemburgo. Por segunda vez, en Alemania necesitaba el Partido "sumergirse bajo tierra". En este momento crítico, cuando la inmensa mayoría de las autoridades socialdemócratas se arrastraban, postradas y humilladas, Clara Zetkin aparecía en el centro del nuevo movimiento, al lado de Rosa y del viejo Mehring, unido a estas dos grandes luchadoras.

Pronto se les unió también Carlos Liebknecht, quien, con su heroísmo, había sabido romper sistemáticamente el muro de cobarde estupidez levantado por las organizaciones socialdemocráticas oficiales y desde las cimas del movimiento obrero, comenzaron

alzarse cientos, miles, docenas de millares de hilos que, entretejidos, formaron la fábrica de los nuevos centro ideológicopolíticos.

Era por los días en que Lenin, preso en Galizia, deportado de allí a Suiza, preparaba los explosivos ideológicos que habían de derribar las barreras y los cimientos de las bastillas gobernantes y minar los verdaderos fundamentos del capitalismo. Lenin se dió clara cuenta de los errores de Rosa, y, con penetrante agudeza, trazó un análisis muy duro de ellos.

Lenin era la cumbre de todo aquel movimiento ideológico y práctico, pues él veía más allá, más hondo y más claro que nadie. Pero ya comenzaban a presentarse los aliados, se dibujaba ya el núcleo de la nueva Internacional. La Conferencia Internacional Femenina de Berna (1915) fué convocada y organizada por Clara, bajo la bandera del internacionalismo.

Clara purgó su hecho con una condena de cárcel. Pero no se ciñó la cabeza con una corona de espinas; vió en ello un episodio natural de la lucha, un cautiverio pasajero, al término del cual hay que empuñar nuevamente las armas ideológicas fundamentales, aceradas y adaptadas a la situación, habían sido forjadas en la fragua del leninismo.

Clara no se asimiló de golpe todos los principios del leninismo, pero avanzó hacia ellos rápidamente y sin vacilar. La revolución proletaria de Octubre encontró en ella una defensiva apasionada. Colocó al servicio de la dictadura del proletariado que acababa de nacer, la fuerza entera de su inteligencia todas las ricas dotes con que la había adornado la naturaleza toda la pasión de sus convicciones y sentimientos.

Para ella el país soviético era la cuna sagrada de la revolución mundial; descargaba ataques furibundos sobre sus enemigos; en discursos inflamados, en resoluciones serenas y enérgicas, en folletos, en mitines obreros, desde la tribuna del Reichstag, siempre desde todas partes luchaba por el país del proletariado victorioso, como una leona por sus cachorros. Lo defendió por nuestro Octubre en las filas de la socialdemocracia "independiente"; contribuyó a la escisión de este partido; ingresó en el Comité central del partido comunista, y ocupó un lugar de honor en las filas de la III Internacional.

Desde entonces, montó la guardia sin un desmayo, como un centinela veterano, dispuesto a tender en tierra a quien osase levantar su mano villana contra los creadores de una vida nueva. Sentía verdadero amor por cada brote nuevo que el socialismo hacía germinar: en el campo de la técnica, en economía, en la vida diaria, en el mundo de la conciencia humana. Recorrió la Unión Soviética de punta a punta, descendió hasta los más humildes entre los humildes, buscando por todas parte los capullos del nuevo sistema. ¡Con qué estremecido interés, con qué calor, con qué alegría, con qué concentrada atención se acercaba a las mujeres del Oriente, a la mujer de la aldea remota que por primera vez en su vida abandonaba el velo, a la mujer trabajadora convertida por la revolución en escritora, a las comunas activas de los antiguos golfos, a los hombres del Ejército rojo, a los héroes del trabajo, a nuestra juventud!

¡Qué palabras inflamadas encontraba esta mujer para animar, para entusiasmar, para infundir nueva

¡fuerza! ¡Y qué volcanes de ira irrumpían de ella cuando era necesario zarandear a los descreídos dentro del país, a los intervencionistas, a los saboteadores, a los enemigos, a la espuma socialdemócrata, a Kautsky, contra el cual todo su ser se volcaba en indignación!

Era una revolucionaria profundamente internacional, pero amaba con especial cariño al proletariado soviético, al proletariado que había sabido derribar las puertas de la fortaleza capitalista y que comenzaba a levantar su propio edificio: este proletariado era su héroe colectivo. Le dolían profundamente todas las dificultades y penalidades que la clase trabajadora hubo de sufrir después de la conquista del Poder. Pero su optimismo era ilimitado, su confianza invencible, su devoción a la causa, firme como el granito.

Postrada en el lecho, con la cara marchita, irreconocible casi, con los mechones del pelo blanco agitados por el aire de la ventana abierta, se obstinaba en levantarse, para seguir escribiendo contra el enemigo. Tan pronto resonase el grito de peligro, abandonaría el lecho para irse a Alemania a dar la última onza de su fuerza y hacer cuanto estuviese en sus manos hacer para evitarlo. Hace años, Tolstoi, en las postrimerías de su vida, huyó de su casa y de su familia para hacer su última jornada; no iba a ningún sitio; cayó enfermo por el camino y murió en una estación del ferrocarril perdida en la estepa. Clara vino a la U. R. S. S., donde encontró su segunda patria. Pero no vino aquí a vivir una vida tranquila y reposada: vino a entregar su última reserva de energía a la patria internacional del proletariado. Y dondequiera

que el sonido de las trompetas guerreras la llamase, allá iba, de una a otra sección del frente, luchando, exhortando a los demás y haciendo sonar la llamada del clarín.

Todo el mundo recuerda todavía su último viaje a Alemania, cuando, como presidente de edad, hubo de abrir una legislatura del Reichstag con un discurso. Este discurso fué un canto a la Unión Soviética, una estocada contra el fascismo, un golpe contra la socialdemocracia vuelta fascista. Fué su último discurso, el canto del cisne de nuestra valerosa y noble amiga. En la última salida, el último discurso, coronación de mil discursos —magníficos, brillantes, valientes siempre revolucionarios— que salía de los labios de aquella formidable agitadora de masas. Clara sabía tener en suspenso, pendientes de sus palabras, a miles de seres que la amaban y la apreciaban como una revolucionaria de primera fuerza, como una amiga y una camarada de los trabajadores.

Clara Zetkin se entregó a la clase obrera con un rico bagaje de cultural. No era sólo una mujer de poderosa inteligencia y fuerte carácter, sino que era, además, una persona de grande y variada cultura: no sólo conocía maravillosamente la literatura marxista —su conocimiento de Marx era notable—, sino que tenía un gran dominio de la literatura mundial y poseía un enorme bagaje de conocimientos en las ramas más importantes de la ciencia, del arte y de la cultura.

Pocos días antes de morir recitaba todavía pasajes completos de Shakespere en inglés, de Goethe en alemán, de Voltaire en francés. Pero su variada educación convergía toda ella hacia una preocupación

única; era una auténtica revolucionaria proletaria, en la que sólo vivía una "fiera pasión": la pasión por la revolución proletaria triunfante. He aquí un detalle característico:

Pocos días antes de morir, Clara comenzó a dictar desde su lecho de enferma un nuevo artículo contra la socialdemocracia. Este artículo comenzaba con una cita de un emperador francés que había sufrido una derrota: "Todo se ha perdido, menos el honor". Ella acusaba a los socialfascistas de haber perdido precisamente el honor. El artículo se quedó sin acabar. Pero no es éste un rasgo simbólico de su vida. La última flecha lanzada al corazón del enemigo por el centinela leal de la revolución proletaria se dirigía contra la deshonrada, contra la cobarde, contra la astuta y vil socialdemocracia, con su arrastrarse como de víbora medio aplastada que guarda el veneno, no para el talón fascistas que la pisotea, sino para el país de la dictadura del proletariado.

"Mors immortallis". La muerte inmortal ha ido segando de nuestras filas un viejo camarada tras otro. Ahora es Clara Zetkin la que se incorpora a los que nos dejan para siempre. Pero esta mujer es nuestra, nuestra Clara leninista soviética, la Clara de la Comintern, la Clara de nuestros días. Ya no existe ninguna militante con una historia como la suya.

Clara Zetkin era la veterana más vieja del movimiento revolucionario del proletariado y, al mismo tiempo, una militante activa de nuestros días; era la historia viva del marxismo a través de un largo período de tiempo. Pero esta mujer no toleraría que nadie derramase, ni furtivamente, una sola lágrima sobre su

tumba. Su nombre es un símbolo de energía vital y de gozosa lucha, y no hay por qué ensombrecer las horas de la despedida amortiguando el tono y el ritmo de nuestro trabajo.

Que su imagen, cara e infinitamente cercana para nosotros, resplandezca siempre como un modelo de valor, de sabiduría, de firmeza, de devoción hacia el proletariado, de alegres e indomables luchas por el comunismo. Su vida fué la verdadera encarnación de la energía, de la voluntad, del talento puestos por más de medio siglo al servicio del proletariado. Una vida brillará siempre ante el proletariado como una estrella maravillosa de lucha y de triunfo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

PRECIO $ 4.—

COLECCIÓN CLÁSICOS UNIVERSALES DE FORMACIÓN POLÍTICA CIUDADANA

Recuerdos sobre Lenin

Clara Zetkin

PRD

Clara Zetkin

Recuerdos sobre Lenin

“Colección Clásicos Universales de Formación Política Ciudadana”
Recuerdos sobre Lenin

Primera edición, diciembre del año 2019
® Partido de la Revolución Democrática
Benjamín Franklin núm. 84
Col. Escandón, Del. Miguel Hidalgo
04410, Ciudad de México,

R.F.C. PRD 890526PA3

www. prd.org.mx
Derechos Reservados conforme a la ley
ISBN: EN TRÁMITE.
Impreso en México / Printed in México

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA
DIRECCIÓN NACIONAL EXTRAORDINARIA

Karen
Quiroga Anguiano

Aida Stephany
Santiago Fernández

Adriana
Díaz Contreras

Ángel Clemente
Ávila Romero

Fernando
Belaunzarán Méndez

Arturo
Prida Romero
Presidente de la Mesa Directiva
del IX Consejo Nacional

Camerino Eleazar
Márquez Madrid
Representante Propietario
del PRD ante el INE

Manuel
Cifuentes Vargas
Coordinador Nacional del Patrimonio
y Recursos Financieros

Presentación

"siendo la ciudad... una pluralidad, debe conducirse mediante la educación a la comunidad y unidad"

Aristóteles. La Política

El Partido de la Revolución Democrática asume como principio rector el desarrollo de las mexicanas y de los mexicanos, como única vía cierta para el acceso a un país justo, igualitario, libre, equitativamente retributivo y próspero, en el que el respeto al estado de derecho, a la democracia y la participación social, constituyan una constante en la vida de nuestra nación.

Es por ello que parte fundamental del quehacer político de nuestro partido, lo constituyen las acciones tendientes a brindar al mayor número de personas, conocimientos y capacidades que les permitan conocer, analizar e interpretar su realidad social, facilitando herramientas que les permitan igualmente el mejor ejercicio de sus derechos, la integración comunitaria y la participación ante las distintas instancias de gobierno, para procurar el bienestar y la armonía social.

Para tal propósito, nuestro instituto político considera relevante brindar el acceso amplio a la ciudadanía, a las obras maestras de la política, la filosofía política, la filosofía del derecho y la filosofía social, estimando que la amplia difusión de dichas obras magistrales constituye uno de los principales pilares y mejores elementos para contribuir a dotar a la población, de los conocimientos que han influido a lo largo de los siglos en las decisiones y acciones políticas más relevantes de la historia universal, que han puesto los cimientos y desarrollo de la civilización, las más de las veces, atemperando, democratizando, humanizando, transparentando y haciendo rendir cuentas claras al poder.

De este modo, el Partido de la Revolución Democrática presenta la colección de obras fundamentales *Clásicos Universales de Formación Política Ciudadana*, la cual busca reunir el pensamiento político universal más trascendente y fundante de la cultura política, y ponerlo al alcance de los ciudadanos de todo el país, como un instrumento decisivo para el desarrollo político, social y democrático.

El conocimiento que brinda la educación y la cultura son la llave que abre las puertas para el progreso, el bienestar y la felicidad de la sociedad, así como del país. La política también es educación y cultura, y ésta contribuye a la formación de mejores ciudadanos. Es por ello que el PRD la aplaude, la abraza y la impulsa con esta colección de los grandes pensadores y talentos universales de todos los tiempos.

Manuel Cifuentes Vargas
Coordinador Nacional del Patrimonio
y Recursos Financieros

Prólogo

"La mujer proletaria lucha mano a mano con el hombre de su clase contra la sociedad capitalista".

Clara Zetkin

Actualmente la celebración del Día Internacional de la Mujer ha tomado especial relevancia gracias a los movimientos mundiales de empoderamiento de la mujer, su libertad de expresión y sobre todo, la defensa contra la violencia de género; sin embargo, pocos han expresado el reconocimiento que merece la mujer que propuso conmemorarlo cada año: Clara Zetkin.

Después de liderar la Tercera Internacional de la Mujeres Comunistas, tuvo la oportunidad de reunirse con Lenin y conversar sobre las cuestiones que afectaban a las mujeres, social y políticamente en aquella época convulsionada, mismas que quedaron plasmadas en su libro *Recuerdos de Lenin*.

Guía de las masas trabajadoras y organizador del Partido Bolchevique, Lenin planteaba la importancia de la emancipación de la mujer, su participación revolucionaria y su estrecha vinculación de la lucha de la clase obrera y el mejoramiento de la mujer.

Por otra parte, las conversaciones entre estos grandes pensadores versaban no solo en la política y economía, también abordaban temas como la educación, la cultura y el arte. Consideraban que el arte debía clavar sus raíces más profundas en las grandes masas trabajadoras, para que fuese comprendido y amado.

Una de las frases más elocuentes que encontramos es:

"*Para que al arte pueda llegar al pueblo y el pueblo al arte, lo primero que tenemos que hacer es levantar nuestro nivel general de educación y cultura*".

También hablaban de crear un fuerte movimiento femenino internacional con una base teórica clara; destacaba lo disciplinadas que eran las mujeres, la energía y la capacidad de sacrificio y el entusiasmo que ponían en todos sus actos de batalla.

Lenin conocía a fondo las necesidades de las masas femeninas trabajadoras, lo que le permitía trazar los nuevos caminos para su emancipación, llevándoles a forjar el cooperativismo comunista, convertido en actuación colectiva y fundida con ella.

"Grandes, inmensas son las dificultades con que tropieza su realización, para resolverlas será necesario desplegar, educar las más gigantescas fuerzas de las masas. En esta obra deberán colaborar millones de fuerzas femeninas", decía Lenin a Zetkin.

Manuel Cifuentes Vargas
Coordinador Nacional del Patrimonio
y Recursos Financieros

Recuerdos sobre Lenin

En estas horas difíciles, en que cada uno de nosotros siente angustiosamente, con hondo dolor personal, que hemos perdidos a alguien insustituible, se alza resplandeciente, pletórico de vida, el recuerdo de momentos en los que vemos traslucirse como en una llamarada, a través del gran guía, al gran hombre. La conjunción armónica de la grandeza del guía y de la del hombre acuñaba la figura de Lenin y le ha "atesorado para siempre en el gran corazón del proletariado mundial", para decirlo con las palabras con que Marx ensalzaba la gloria de los luchadores de la Comuna de París. Pues los trabajadores, los sacrificados a la riqueza, los que, como el poeta, no conocen esa "postiza cortesía de Europa" —es decir, las mentiras y las hipocresías convencionales del mundo burgués—, saben distinguir con fino y sensible instinto lo auténtico de lo falso, la grandeza sencilla y la vanidad afectada y ampulosa, el amor de quien se consagra a ellos con el sacrificio de su vida y con la voluntad ardiendo en el afán de realizaciones y la postura de quienes vienen a su campo buscando una popularidad en la que sólo se refleja un deseo necio de fama.

Siempre me ha repugnado sacar a la publicidad cosas personales. Pero hoy considero un deber estampar aquí, extraídos de lo íntimo de mis recuerdos personales, algunos asociados a nuestro inolvidable guía y amigo. Deber hacia quien, por la teoría y por el hecho, nos enseñó cómo la voluntad revolucionaria puede moldear conscientemente los fenómenos necesarios y preparados por la historia. Deber hacia aquellos a quienes se consagraban su amor y sus actos; hacia los proletarios, los creadores, los explotados, los esclavos del mundo entero, a quienes su corazón abrazaba, compartiendo sus dolores y en quienes su idea indomable veía los luchadores revolucionarios, los constructores de un nuevo y más alto orden social.

Fue en los primeros días del otoño de 1920 cuando volví a encontrarme con Lenin por vez primera desde que la revolución rusa había comenzado a "estremecer el mundo". Fue, si mal no recuerdo, inmediatamente de llegar yo a Moscú, en una asamblea del Partido, que se celebraba en la sala Sverdlof del Kremlin. Lenin no había cambiado nada, apenas había

envejecido. Hubiera jurado que aquella chaqueta, pulcramente cepillada, era la misma modesta chaqueta con que le había conocido en 1907, en Stuttgart, en el Congreso mundial de la Segunda Internacional. Rosa Luxemburgo, con su ojo certero de artista para todo lo característico, me señaló a Lenin, diciéndome: "¡Fíjate bien en él! Es Lenin. Observa su cabeza voluntariosa y tenaz. Es una cabeza de aldeano auténticamente rusa, con ligeras líneas asiáticas. Esa cabeza se ha propuesto derribar una muralla. Acaso se estrelle, pero no cederá jamás."

Ahora, en el Kremlin, la actitud de Lenin y su modo de comportarse eran los mismos, los de siempre. Los debates hacíanse de vez en cuando agitados y turbulentos. Lenin se distinguía, como se había distinguido siempre en los Congresos de la Segunda Internacional, por el modo de observar y seguir atentamente los debates, por su gran serenidad y por aquella calma, segura de sí misma, que era concentración, energía y elasticidad interiores reconcentradas. Así lo atestiguaban, de vez en cuando, sus interrupciones y observaciones y sus largos análisis, una vez que tomaba la palabra. Nada notable parecía escapar a su aguda mirada y a su claro espíritu. Durante aquella sesión —como después, en todos su actos— me pareció que el rasgo más saliente del carácter de Lenin era la sencillez y la cordialidad, la naturalidad de su trato con todos los camaradas. Y digo "naturalidad", pues tenía la sensación firme de que aquel hombre no podía comportarse de otro modo. Su conducta para con todos los camaradas era la expresión natural de lo más íntimo de su ser.

Lenin era el jefe indiscutido de un partido que había marchado a la cabeza de los proletarios y los campesinos, trazándoles el camino y señalándoles los derroteros en su lucha por el Poder, y que ahora, sostenido por la confianza de estas masas, gobernaba el país y ejercía la dictadura del proletariado. En la medida en que puede serlo un individuo, Lenin era el guía y el caudillo de aquel gran imperio transformado por la revolución en el primer Estado obrero y campesino del mundo. Sus ideas, su voluntad resonaban en millones de hombres, dentro y fuera de las fronteras de la Rusia soviética. Su criterio pesaba con fuerza decisiva en toda resolución, de importancia dentro de este país y su nombre era símbolo

de esperanza y de liberación donde quiera que hubiese explotados y oprimidos. "El camarada Lenin nos lleva hacia el comunismo, y afrontaremos, por duro que sea, cuanto haya que afrontar", declaraban los obreros rusos que, acariciando en su alma un reino ideal de humanidad suprema, corrían a los frentes, sufriendo hambre y frío o luchaban entre dificultades indecibles por la restauración de la industria. "No hay que temer que vuelvan los señores y nos arrebaten las tierras. El padrecito Lenin y los soldados rojos nos salvarán", exclamaban los campesinos. "¡Viva Lenin!", se leía en las paredes de más de una iglesia italiana, como grito entusiasta de admiración de algún proletario que saludaba en la revolución rusa la vanguardia de su propia emancipación. El nombre de Lenin congregaba, en América, en el Japón y en la India, a todos los que se rebelaban contra el poder esclavizador de la riqueza.

Y, sin embargo, ¡cuán sencilla, cuán modesta era la figura de aquel hombre que tenía ya detrás de sí una obra histórica gigantesca y sobre cuyos hombros pesaba una carga agobiadora de confianza ciega, de terrible responsabilidad y de trabajo sin fin! Lenin se hundía y se perdía por entero en la masa de los camaradas, confundiéndose con ellos, como uno cualquiera, como uno de tantos. Ningún gesto, ningún movimiento que le destacase sobre los demás como una "personalidad". Su personalidad auténtica y legítima no necesitaba esos adobos. Desfilaban incesantemente mensajeros con noticias y avisos de las más diversas oficinas, de autoridades civiles y militares. Noticias contestadas muchas veces con un par de líneas escritas sobre la marcha. Lenin tenía para todos una sonrisa o un afectuoso movimiento de cabeza, cuyo reflejo era siempre una cara resplandeciente de alegría. Durante los debates, eran frecuentes los cambios de impresiones en voz baja con camaradas dirigentes. En los descansos, caían sobre Lenin verdaderas avalanchas. Camaradas de ambos sexos de Moscú, de Petrogrado, de los más diversos centros; jóvenes, muchos jóvenes, le cercaban. "Vladimir Ilitch, haga el favor..." "Camarada Lenin, no puede negarse ..." "Sabemos de sobra, Ilitch, que usted ...; pero..." Los ruegos, las preguntas, las proposiciones zumbaban como un verdadero enjambre.

La paciencia de Lenin para escuchar y contestar era inagotable, verdaderamente maravillosa. No había cuidado de partido ni dolor personal que no encontrasen en él un oído alerta y un consejo afectuoso. Pero lo más hermoso de toda era su modo de tratar a los jóvenes. Hablaba con ellos como un camarada más, libre de toda pedantería escolástica, sin pensar nunca, ni por asomo, que la edad fuese por sí sola una virtud insuperable. Lenin se movía entre los jóvenes como un igual entre iguales, unido a ellos por todas las fibras de su corazón. En él no había ni rastro de "hombre de mando"; su autoridad dentro del partido era la de un padre ideal a cuya superioridad se sometía todo el mundo, con la conciencia de que aquel hombre sabía comprender y ser comprendido. Respirando aquella atmósfera que rodeaba a Lenin, yo no podía dejar de pensar con amargura en la estirada y mayestática grandeza de los "jefes venerables" de la social-democracia alemana. ¡Y no digamos el repugnante "arribismo" con que el socialdemócrata Ebert se desvive en acechar como "excelentísimo señor presidente de la República" todos los gestos de la burguesía, copiando de ella hasta el modo de escupir y carraspear; arribismo que olvida todo el orgullo del papel histórico del proletariado y hasta toda la dignidad humana. Claro está que esos caballeros no fueron nunca tan "necios y tan audaces" para "querer hacer una revolución" como Lenin. Bajo su guarda y tutela, la burguesía puede, por ahora, seguir roncando en el que fue "Sacrorromano Imperio", más tranquila todavía que en los tiempos de Enrique Heine, bajo el reinado de treinta y tres monarcas. Hasta que llegue el día en que la revolución se alce también aquí de entre las olas de los hechos históricamente necesarios, lanzando a la cara de esa sociedad, como un trueno, el grito de *¡Quos Ego!*

* * *

La primera visita que hice a casa de Lenin ahondó la impresión que había sacado de la Asamblea del Partido, y que, desde entonces, se confirmó y robusteció en varias entrevistas. Es cierto que Lenin vivía en el Kremlin, la antigua fortaleza zarista, y que para llegar hasta él había que pasar por delante de varios centinelas, medida ésta justificada por la campaña

terrorista y contrarrevolucionaria de atentados contra los jefes de la revolución, que por aquel entonces no había cesado todavía. Cuando no había más remedio, Lenin recibía también en los grandes salones de palacio. Pero sus habitaciones particulares no podían ser más sencillas ni más modestas. Yo he visitado más de una casa obrera instalada con más lujo que el hogar del "omnipotente dictador de Moscú". Encontré a la mujer y a la hermana de Lenin tomando la cena, que inmediatamente me invitaron a compartir con la mayor cordialidad. Era una cena sobria, como lo requería la dureza de aquellos tiempos: té, pan negro, manteca y queso. Más tarde, la hermana hubo de buscar a todo trance si había algo "dulce" "en honor del huésped", hasta que descubrió un vasito de fruta en conserva. Todo el mundo sabía que los campesinos obsequiaban a "su Ilitch" con abundantes regalos de harina blanca, tocino, fruta, etc. Pero todo el mundo sabía también que nada de esto se quedaba en casa de Lenin. Los regalos iban a parar todos a los hospitales y a los asilos infantiles; la familia de Lenin se atenía rigurosamente al principio de no vivir mejor que los demás, es decir, que las masas trabajadoras.

Desde el Congreso Internacional Socialista de la Mujer, celebrado en Berna, en marzo de 1915, no había vuelto a ver a la camarada Krúpskaia, la mujer de Lenin. Su cara bondadosa, con sus ojos cálidos y llenos de simpatía, presentaba rasgos imborrables de la pérfida enfermedad que la mina. Pero, aparte de esto, también ella era la misma de siempre, la encarnación viva de la sinceridad, de la modestia de carácter y de una sencillez verdaderamente puritana. Con aquel pelo liso, peinado hacia atrás y recogido en un moño hecho a la ligera, y con aquel vestido libre de todo adorno, parecía una de tantas mujeres obreras, una de esas mujeres ajetreadas cuyo eterno cuidado es ahorrar tiempo, ganar tiempo. La "primera mujer del gran Imperio ruso" — según la idea que se forma y las palabras en que se expresa la burguesía— es, indiscutiblemente, la primera en sacrificarse alegremente y, sin preocuparse de sí misma, la primera en entregarse a la causa de los oprimidos y atormentados. Fue la íntima e inseparable comunidad de los caminos y de la obra de su vida lo que la unió a Lenin. Imposible hablar de él sin pensar en ella. Era la

"mano derecha de Lenin", su suprema y mejor secretaria, su camarada más firme en ideas, la intérprete y mediadora más fiel de sus opiniones, igualmente incansable en la obra de reclutar, enérgicamente y con habilidad, amigos y partidarios para el maestro genial, en su labor de propaganda entre las masas obreras. Además de todo esto, tenía su radio propio y personal de acción, al que se consagra con toda su alma: la cultura y la enseñanza de las masas populares.

Sería ridículo, injurioso, el solo hecho de presumir que la camarada Krúpskaia representaba en el Kremlin el papel de "señora de Lenin". Trabajaba y velaba con él y para él, como lo había hecho toda la vida, aun durante las épocas en que la ilegalidad y las más duras persecuciones los separaron. Con su temperamento profundamente maternal, la camarada Krúpskaia —ayudada amorosamente por María Ilitchna, la hermana de Lenin— convertía la casa en "hogar", en el sentido más noble de esta palabra. Este sentido no era, evidentemente, el de esa gazmoñería pequeñoburguesa de los "hogares" alemanes, sino el de una atmósfera espiritual, que lo llenaba y que era la emanación de las relaciones establecidas entre los seres que vivían y laboraban en él. Tenía uno la sensación de que en aquellas relaciones todo se basaba y armonizaba sobre la verdad y la veracidad, la cordialidad y la comprensión. Yo, aunque hasta entonces apenas había conocido personalmente a la camarada Krúpskaia, me sentía en seguida en su "reino" y bajo sus cuidados amorosos como en mi propia casa. Y cuando más tarde llegó Lenin, recibido alegremente por los suyos, y un gato grande saltó sobre el hombro de aquel "hombre terrible" y se acomodó tranquilamente en su regazo, casi me imaginaba estar sentada en mi casa o en casa de Rosa Luxemburgo, con su gata "Mima", histórica ya entre los amigos de Rosa.

Lenin nos encontró a las tres mujeres hablando de arte y de cuestiones de cultura y educación. Yo expresaba en aquel mismo instante mi admiración entusiasta por la labor titánica de cultura de los bolcheviques, por la fermentación y la agitación de las fuerzas creadoras que pugnaban por abrir al arte y a la cultura nuevos caminos. Pero, al hacerlo, no ocultaba mi impresión de que en todo aquello había mucho, muchísimo de vago e

inseguro, de tanteo y experimentación y de que, con la pugna apasionada por encontrar nuevo contenido, nuevas formas, nuevos caminos de vida cultural, se mezclaba también algo de *snobismo* cultural y artístico a la moda occidental. Lenin intervino en la conversación inmediatamente y con toda vivacidad.

"Ese despertar, esa plétora de fuerza que luchan por dar a la Rusia soviética un nuevo arte y una nueva cultura — dijo Lenin— está bien, muy bien. El ritmo tempestuoso de esta evolución es natural y conveniente. La Rusia soviética quiere y debe recobrar el tiempo perdido durante siglos. Esa fermentación caótica, esa búsqueda febril de nuevas fórmulas y soluciones, ese «Hosanna» que hoy se canta a determinadas tendencias artísticas y espirituales, para mañana cantarles el «Crucifícalas»: todo eso es inevitable.

"La revolución desencadena todas las fuerzas contenidas y las sacas del fondo a la superficie. Para poner un ejemplo. Piense usted en la presión que ejercieron sobre el desarrollo de nuestra pintura, de nuestra escultura y arquitectura, las modas y los caprichos de la corte zarista y los gustos y las preferencias de los señores aristócratas y burgueses. En una sociedad basada en la propiedad privada, el artista produce artículos para el mercado, y necesita compradores. Nuestra revolución ha librado a los artistas del peso de este prosaico estado de cosas. Ha convertido al Estado soviético en su protector y cliente. Todo artista y todo el que se tenga por artista se cree, y tiene razón, con derecho a crear libremente con arreglo a su ideal, sin preocuparse de que lo que crea sirva o no para algo. Ahí tiene usted el porqué de toda esa fermentación, de todos esos experimentos, de todo ese caos.

"Pero, naturalmente, nosotros somos comunistas. No podemos cruzarnos de brazos y dejar que el caos fermente como le apetezca. Tenemos que encauzar también, clara y conscientemente, esta evolución, procurando moldear y dirigir sus resultados. Y en esto sí que no estamos todavía, ni mucho menos, a la altura de las circunstancias. Somos demasiado «iconoclastas». Hay que conservar lo bello y tomarlo por modelo, empalmar con ello, aunque sea «viejo», ¿Por qué volverse de espaldas a lo que

es realmente bello y repudiarlo definitivamente como punto de arranque para seguir evolucionando por el mero hecho de ser «viejos? ¿Y por qué adorar a lo nuevo como a un dios al que se debe obediencia sólo por ser «nuevo»? Esto es un absurdo, un puro absurdo. Por lo demás, aquí hay también mucho de *snobismo* convencional y de respeto a la moda artística de Occidente. Inconscientemente, claro está. Somos buenos revolucionarios, pero nos creemos obligados a demostrar que estamos al «nivel de la cultura contemporánea». Yo tengo el valor de aparecer como un «bárbaro». No acierto a considerar como las revelaciones más altas del genio artístico el expresionismo, el futurismo, el cubismo, y todos esos ismos. No los comprendo. No me producen la menor emoción."

Yo no pude por menos de confesar que tampoco poseía el órgano adecuado para comprender que la forma de expresión artística de un alma apasionada fuese un triángulo en vez de una nariz, ni concebía que el impulso de realizaciones revolucionarias convirtiese el cuerpo del hombre en un saco informe puesto sobre dos zancos y con dos tenedores de cinco púas por brazos. Lenin se echó a reír con todas sus ganas.

"Si, querida Clara; no hay duda que somos ya viejos. Nos contentaremos con seguir siendo jóvenes, por ahora, en la revolución y conseguir marchando en la vanguardia revolucionaria. Con el nuevo arte, ya no podemos, no hacemos más que renquear detrás de él.

"Pero —prosiguió Lenin— lo que interesa no es nuestra opinión acerca del arte. Ni interesa tampoco lo que dé el arte a unos cuantos cientos o a unos cuantos miles, en un pueblo que cuenta tantos millones como el nuestro. El arte es para el pueblo. Debe clavar sus raíces más profundas en las grandes masas trabajadoras. Debe ser comprendido y amado por éstas. Debe unirlas y levantarlas en sus sentimientos, en sus ideas y en su voluntad. Debe sacar y educar artistas en ellas. No podemos alimentar a una minoría con bizcocho dulce y hasta refinado, mientras las masas obreras y campesinas carecen de pan negro. Y no digo esto, como se comprende, en el sentido literal de la palabra, sino también en un sentido figurado. No perdamos nunca de vista a los obreros y a los campesinos.

Aprendamos a administrar y a calcular con la vista puesta en ellos, sin excluir tampoco el arte y la cultura.

"Para que el arte pueda llegar al pueblo y el pueblo al arte, lo primero que tenemos que hacer es levantar nuestro nivel general de educación y de cultura. Se entusiasma usted ante la inmensa obra cultural que hemos realizado desde que estamos en el Poder. Y es verdad; sin jactancia, podemos decir que en este respecto hemos hecho mucho, muchísimo. No nos hemos limitado a cortar cabezas, como nos achacan los mencheviques de todos los países y sus Kautskys; también hemos llevado a ellas la luz. A muchas. Pero «muchas», si las medimos por el pasado y por los pecados de las clases y pandillas que antes gobernaban nuestro país. Ante nosotros se alza, grande, gigantesca, la necesidad de educación y de cultura despertada y espoleada por nosotros en los obreros y en los campesinos. No sólo en Petrogrado y en Moscú, en los centros industriales, sino también en el campo, en las aldeas. Y hay que tener en cuenta que somos un pueblo pobre, un pueblo de mendigos. Querámoslo o no, la mayoría de los viejos resultan, culturalmente, sacrificados, desheredados. Es cierto que desplegamos una lucha verdaderamente tenaz contra el analfabetismo. Fundamos bibliotecas y «chozas de lectura» en las pequeñas ciudades y las aldeas. Organizamos cursos de la más diversa especie. Organizamos buenas representaciones teatrales y buenos conciertos, enviamos al campo «cruzadas culturales» y «exposiciones volantes». Pero, repito, que todo esto significa muy poco comparado con los muchos millones de seres que carecen hasta de los conocimientos más elementales, de la cultura más primitiva. Mientras que en Moscú se entusiasmarán esta noche unas diez mil personas, y mañana otras diez mil, asistiendo a brillantes representaciones teatrales, grita clamorosamente la apetencia de millones de seres por poseer el arte de deletrear, de escribir su nombre, de saber sumar, grita clamando por cultura, clamando por saber que la tierra es una bola y no un disco, que el mundo se gobierna por leyes naturales y no por brujas y encantadores, aliados al Padre celestial."

—No se queje usted tan amargamente del analfabetismo, camarada Lenin —intervine yo—; pues, seguramente, que hasta cierto punto ha

servido para facilitar la revolución. Gracias a él, el cerebro de los obreros y los campesinos no se ha visto atascado y apestado de ideas y concepciones burguesas. En esos cerebros, la propaganda y la agitación caen en tierra virgen. Es más fácil sembrar y cosechar en tierra como esa que no donde antes de labrar hay que desarraigar toda una selva de prejuicios.

—Sí, es exacto —replicó Lenin—; pero sólo hasta cierto punto; mejor dicho, dentro de una cierta etapa de lucha. El analfabetismo era perfectamente compatible con la lucha por la conquista del Poder, con la necesidad de destruir la vieja máquina del Estado. Pero, ¿acaso nosotros destruimos por el sólo gusto de destruir? No; destruimos para construir otra cosa mejor. Y el analfabetismo se concilia mal, no se concilia, en modo alguno, en la obra constructiva. Y esta obra ha de ser, según Marx, realizada por los propios obreros, y también por los campesinos, añado yo, si quieren emanciparse. Nuestro régimen soviético facilita estas tareas. Gracias a él, miles de trabajadores aprenden a laborar constructivamente en los diversos Soviets y órganos soviéticos. Son hombres y mujeres "en lo mejor de la vida", como ustedes suelen decir. Se trata, por tanto, y esto es lo que interesa, de gentes que, en su mayoría, se han criado bajo el antiguo régimen y, por consiguiente, sin educación y sin cultura. Hoy, estos hombres pugnan apasionadamente por alcanzar la cultura y la educación que no les dieron. Nosotros nos esforzamos cuanto podemos por incorporar a la labor de los Soviets a nuevos hombres y nuevas mujeres educándolos de este modo práctica y teóricamente. Pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos, la necesidad de elementos administrativos y constructivos dista mucho de estar cubierta. Esto nos obliga a emplear a burócratas a la antigua usanza, y nos encontramos con un burocratismo gremial. Yo lo odio de todo corazón. No al burócrata individual, que puede ser un hombre muy útil. Odio al sistema, pues lo paraliza y corrompe todo de arriba a abajo. Pero para vencer y desterrar el burocratismo, no hay más que un camino decisivo : llevar a las grandes masas del pueblo la enseñanza y la cultura.

"¿Qué perspectivas se abren ante nosotros para el porvenir? Hemos creado instituciones magníficas, y hemos adoptado medidas realmente buenas para que la juventud proletaria y campesina pueda aprender, estu-

diar, adquirir cultura. Pero otra vez nos sale al paso la pregunta torturante: ¿qué significa esto para tantos millones? Peor todavía. Nos faltan muchos, muchísimos jardines de infancia; muchas, muchísimas casas-cunas y escuelas elementales. Millones de niños se crían sin educación y sin enseñanza. Se crían entregados a la ignorancia y a la cultura de sus padres y de sus abuelos. ¡Cuántos talentos estrangulados, cuántas ansias pisoteadas! Esto es un crimen horrible contra el derecho de las nuevas generaciones a ser felices y un desfalco que se comete contra la riqueza del Estado soviético, llamado a desarrollarse hacia el comunismo. Es un peligro muy grave para el porvenir".

En la voz de Lenin, tan serena de ordinario, gruñía ahora una indignación contenida. "Mucho tiene que apasionarle, que subyugarle —pensé yo— este problema, cuando se pone a pronunciar ante nosotras tres un discurso de agitación." Alguien —no recuerdo quién— apuntó algunas observaciones, señalando "circunstancias atenuantes" en ciertos aspectos salientes de la vida artística y cultural y explicándolos por la situación actual de las cosas. A esto replicó Lenin:

—¡Ya sé, ya sé! Algunos están sinceramente convencidos de que, con "pan y diversiones", salvaremos las dificultades y los peligros de momento. Pan, ¡bien está! Diversiones, ¡no hay inconveniente! Pero no debe olvidarse que las diversiones no son ningún arte grande ni verdadero, sino simples entretenimientos. Ni debe olvidarse tampoco que nuestros obreros y nuestros campesinos no son el proletariado andrajoso de Roma. No viven a costa del Estado, sino que sostienen a éste con su trabajo. Han «hecho» la revolución y han defendido su obra con sacrificios sin cuento, con ríos de sangre. Nuestros obreros y nuestros campesinos merecen realmente algo más que diversiones de circo. Tienen derecho a que se les dé un arte auténtico y grande. Por eso, lo más urgente es difundir la cultura y la educación entre las masas del pueblo. Esta obra creará —siempre y cuando que las masas tengan el pan asegurado— el terreno cultural sobre el que florecerá un arte realmente nuevo y grande, un arte comunista, que sabrá moldear las formas adecuadas a su contenido. Hay aquí una

cantera de tareas inmensas y dignas de atención para nuestros "intelectuales". Comprendiéndolas y realizándolas, pagarían éstos su tributo a la revolución proletaria, que les ha abierto también a ellos de par en par las puertas hacia la libertad, sacándolos de ese mísero nivel de vida que el Manifiesto comunista describe de un modo tan insuperable.

Aquella noche —era ya tarde— hablamos todavía de una serie de problemas. Pero la impresión de estas otras conversaciones se esfumó apenas apagarse el eco de las palabras, ahogada por las manifestaciones de Lenin acerca del arte, la cultura, la educación y la enseñanza popular. "¡Con qué sinceridad y con qué calor —cavilaba yo, al volver a casa con la cabeza febril a través de la noche fría— ama este hombre al pueblo del trabajo! ¡Y pensar que hay quien le tiene por una fría máquina especulativa, por un rígido fanático de las fórmulas, para quien los hombres no son más que categorías históricas, con las que juega y especula como un calculador insensible!"

En mi recuerdo se ha quedado grabada inextinguiblemente otra conversación con Lenin. Como muchos de los que por aquel entonces iban de los países occidentales a Moscú, también yo hube de pagar mi tributo al cambio del régimen de vida, y caí enferma en cama. Lenin me visitó. Preocupado por mí, como la mejor de las madres, se informó de si estaba bien atendida y alimentada, de si tenía un buen tratamiento médico, etc., y me preguntó qué deseaba o apetecía. Detrás de él, vi la cara bondadosa de la camarada Krúpskaia. Lenin dudaba que todo estuviese tan bien y tan magníficamente como yo decía. Lo que más le preocupaba era que estuviese metida en el cuarto piso de una casa soviética, "que si bien teóricamente tenía ascensor, de hecho, no funcionaba". Exactamente lo mismo que la decisión y la simpatía de los kaustkianos por la revolución —añadió Lenin sarcásticamente—. Y de pronto la navecilla de nuestra charla se puso a surcar las aguas políticas.

La brusca helada de la retirada del Ejército rojo en su marcha sobre Polonia no dejó madurar los floridos sueños revolucionarios que yo, y

conmigo muchos otros, nos habíamos forjado al ver a las tropas soviéticas avanzar sobre Varsovia como un rayo. Describí a Lenin la impresión que había producido sobre la vanguardia revolucionaria del proletariado alemán y la que había causado a los Scheidemann y los Dittmann, a la burguesía y a la pequeña burguesía el ver a los tovarischi con la estrella soviética en la gorra, vestidos con aquellas estrafalarias prendas de uniformes viejos y de trajes de paisano, con los pies envueltos en trapos o metidos en botas desgarradas, avanzar sobre la frontera alemana, montados en sus caballejos menudos y vivos. "¿Conseguirían o no conseguirían ocupar Polonia y pasar la frontera?" "¿Y si la pasan?" Tales eran las preguntas que inquietaban y apasionaban los espíritus en Alemania por aquel entonces, y que los estrategas de mesa de cervecería contestaban esbozando grandiosas batallas ante las caras asombradas de sus interlocutores. En aquellas incidencias se ponía de relieve que en todas las clases, en todos los sectores sociales se acumulaba mucho más odio chovinista contra la Polonia imperialista de los guardias blancos que contra el "enemigo jurado" francés. Pero, más fuerte todavía que el odio chovinista contra Polonia, y más imponente que la devoción ante la santidad del Tratado de Versalles, era el miedo a las perspectivas de la revolución. Ante este miedo, el patriotismo feroz en las palabras y el suave y dulce pacifismo se acurrucaban por igual. Y la burguesía y la pequeña burguesía, y con ellas su séquito reformista, dentro del campo proletario, miraban con un ojo riendo y otro llorando la marcha de los acontecimientos en Polonia.

Lenin escuchaba atentamente mis palabras acerca de todo esto y acerca de la actitud del partido comunista y de los dirigentes del partido y de los sindicatos reformistas en particular. Se estuvo unos minutos callado, pensativo.

"Sí —dijo por último—; en Polonia ha sucedido lo que ha sucedido, lo que acaso tenía que suceder. Ya conoce usted todas las causas que impidieron que nuestra intrépida vanguardia, segura de su triunfo, recibiese de la retaguardia refresco de tropas y municiones, e incluso, pan seco en abundancia. No tuvo más remedio que requisar a los campesinos polacos el pan y otros artículos indispensables. Esto hizo que los campesinos vie-

sen en los soldados del Ejército rojo enemigos y no hermanos que iban a liberarlos. Y sintieron, pensaron y obraron no socialmente, revolucionariamente, sino de un modo nacionalista, imperialista. La revolución polaca, con la que habíamos contado, no estalló. Los campesinos y los obreros, engañados por las gentes de Pilsudski y Daszynski, defendieron a sus enemigos de clase, dejaron a nuestros valientes soldados rojos morirse de hambre, les tendieron la celada y los aplastaron.

"Nuestro Budionny es hoy, tal vez, el mejor jefe de Caballería del mundo. Es, naturalmente, como sin duda sabe usted, hijo de campesinos. Como los soldados del Ejército revolucionario francés, llevaba el bastón de mariscal en la mochila, que en este caso era la alforja. Este hombre no posee un gran bagaje de ciencia guerrera, pero tiene un magnífico instinto estratégico. Es valiente hasta la temeridad, hasta la locura. Comparte con sus soldados, que se dejarían cortar en pedazos por él, las más duras privaciones y los peligros más difíciles. El sólo vale por varios escuadrones. Pero todos los méritos de Budionny y de otros caudillos revolucionarios, no podían compensar nuestra desventaja en materia técnica y militar, ni mucho menos nuestro error político de cálculo, al confiar que estallaría en Polonia la revolución. Por lo demás, ya Radek nos había anticipado lo que tenía que ocurrir. Fue él quien nos previno. Por cierto que yo me indigné mucho con él, y le insulté, llamándole «terrorista». Pero, en líneas generales, se demostró que tenía razón. Conoce las cosas de fuera de Rusia, sobre todo las de los países occidentales, mejor que nosotros, y tiene talento, Me he reconciliado con él hace poco. Nos es muy útil. Tuvimos una larga conversación política por teléfono en plena noche o hacia el amanecer. Así vive uno.

"¿Y sabe usted que la paz con Polonia provocó al principio una fuerte resistencia en el partido? Algo así como la Paz de Brestlitovsk. Se me combatió durísimamente por defender la necesidad de aceptar las condiciones de paz, que eran, indudablemente, muy favorables para Polonia y perjudiciales para nosotros. Casi todos nuestros peritos sostenían que, dada la situación reinante en Polonia, sobre todo, teniendo en cuenta la malísima situación financiera de aquel país, habríamos podido conseguir

condiciones de paz mucho más ventajosas para nosotros, manteniéndonos en estado de guerra un poco de tiempo más. Hasta hubiéramos podido arrancar, según ellos, un triunfo completo. De haber proseguido la guerra, los antagonismos y conflictos nacionales de la Galizia oriental y de otras partes del país habrían debilitado considerablemente la fuerza militar de la Polonia oficial, imperialista. A pesar de las subvenciones y los créditos de Francia, las cargas cada vez más agobiadoras de la guerra y la penuria financiera habrían acabado por echar al campo a los campesinos y a los obreros. Además, se aducían toda una serie de razones en pro de la continuación de la guerra, con perspectivas cada vez mejores para nosotros.

"Y yo mismo creo —prosiguió Lenin, reanudando el hilo de sus pensamientos después de una breve pausa— que nuestra situación no nos obligaba a concertar la paz a todo trance. Podíamos haber resistido durante el invierno. Pero, políticamente, me pareció que era más cuerdo dar facilidades al enemigo. Y los sacrificios pasajeros de aquella dura paz se me antojaban más aceptables que la continuación de la guerra. Las consignas pacifistas de Polonia y de sus amigos, de todos los imperialistas, no son, naturalmente, más que palabrería, palabrería nada más. Ellos confían en Wrangel. Pero nosotros nos aprovecharemos de la paz con Polonia para lanzarnos con todas nuestras fuerzas contra Wrangel y aplastarlo tan concienzudamente, que nos deje en paz para siempre. En la situación actual, la Rusia soviética sólo puede salir ganando si demuestra, con su conducta, que ella sólo guerrea para defenderse, para proteger a la revolución; que es el único gran Estado pacifista del mundo; que nada está más lejos de su ánimo que el designio de robar territorios, sojuzgar a naciones y lanzarse a aventuras imperialistas. Y, sobre todo, ¿es que podíamos, sin que nos obligase una necesidad imperiosa e inexcusable, someter al pueblo ruso a los horrores, a las torturas de un nuevo invierno de guerra? ¿A nuestros heroicos soldados rojos de los frentes, a nuestros obreros y campesinos, que han sufrido ya tantas penalidades y privaciones? ¿Después de los años de la guerra imperialista y de la guerra civil, un nuevo invierno de guerra, para que pasasen hambre y frío y muriesen,

desesperando en silencio, millones de seres? Los víveres y las prendas de vestir van escaseando. Los obreros se quejan, los campesinos murmuran que no hacemos más que quitarles, y no les damos nada ... No; el solo pensar en las torturas de un nuevo invierno de guerra se me hacía insoportable. Era necesario concertar la paz a todo trance."

Mientras Lenin hablaba, su rostro se había ido contrayendo ante mis ojos. Profundas arrugas, grandes y pequeñas, un sinnúmero de arrugas, lo surcaban en todas direcciones. Cada una de aquellas arrugas estaba trazada por un grave cuidado o un dolor mordiente. En el rostro de Lenin había una expresión de sufrimiento callado e indecible. Yo me sentía emocionada, conmovida. Ante mi alma se alzaba la imagen de un Cristo crucificado, el Cristo medieval del maestro Grünewald. Creo que este cuadro se conoce con el nombre de Cristo de la Amargura. El crucificado de Grünewald no tiene ni pizca de parecido con el famoso y dulzón mártir indulgente de Guido Reni, con el que sueñan como "esposo de las almas" tantas viejas solteronas y tantas malcasadas. El crucificado de Grünewald es el hombre cruelmente martirizado y torturado hasta la muerte, en quien se descargan los pecados del mundo. Así veía yo a Lenin ante mí, como un Cristo de la Amargura, agobiado, lacerado con el pensamiento de los dolores y los sacrificios que el pueblo ruso del trabajo había soportado y tenía que soportar en la lucha por su libertad, para poder triunfar sobre sus pérfidos y cínicos enemigos. No tardó en irse. Antes de irse me dijo, entre otras cosas, que se habían encargado diez mil trajes de cuero, bien cerrados, para los soldados rojos que habían de tomar Perecop desde el mar. Antes de que estos trajes tuvieran tiempo de terminarse recibimos con júbilo la noticia de que los heroicos defensores de la Rusia soviética, bajo la dirección tan genial como intrépida del camarada Piatakof, habían tomado por asalto aquella faja de tierra, poniendo así fin al régimen de terror de Wrangel en la Crimea. Una hazaña militar sin igual de caudillos y acaudillados. Tampoco en el frente Sur hubo guerra Aquel invierno.

* * *

En 1921, el tercer congreso mundial de nuestra Internacional y la segunda conferencia internacional de los comunistas me llevaron por segunda vez a Moscú para una larga temporada. Eran tiempos sofocantes. No tanto porque las sesiones cayesen en la segunda quincena de junio y en la primera quincena de julio, en que el sol derramaba sus rayos más ardientes sobre las cúpulas doradas y policromas de la ciudad, como por la atmósfera reinante en los partidos de la Internacional Comunista. Sobre todo, en el partido comunista alemán la atmósfera estaba cargada de electricidad. Las tormentas, los rayos y los truenos eran un espectáculo diario. En nuestras filas, los pesimistas, que sólo se entusiasman cuando creen acechar un temporal, profetizan el derrumbamiento, el fin del partido. Los comunistas organizados en la Tercera Internacional serían malos "internacionalistas" si las apasionadas polémicas que se reñían en torno a la teoría y a la práctica dentro del partido alemán no hubiesen apasionado también los ánimos de los camaradas de otros países. La "cuestión alemana" era, en realidad, una cuestión internacional y ocupaba por aquellos días la atención de la Internacional Comunista.

La "acción de marzo" y la llamada "teoría de la ofensiva" en que aquélla se basaba, y que no era posible separar de su punto de partida, aunque no se hubiese formulado con toda claridad y nitidez hasta más tarde, para justificarla, obligaron al pleno de la Internacional Comunista a analizar concienzudamente la situación de la economía y de la política mundiales. Con este análisis trataba de encontrar un terreno seguro para sus posiciones tácticas y de principio; es decir, para sus objetivos más próximos, para movilizar y poner en pie revolucionariamente al proletariado, a las masas trabajadoras.

Como es sabido, yo me contaba entre los críticos más severos de la "acción de marzo", en cuanto no había sido una lucha de proletarios, sino una acción de partido, mal concebida, mal preparada, mal organizada, mal dirigida y mal realizada. La "teoría de la ofensiva", engendrada con dolor y estrépito, fue combatida por mí con toda energía. Además, en mi "Debe" personal figuraban otras partidas. Las vacilaciones de la dirección del partido alemán ante el congreso de la socialdemocra-

cia italiana de Livorno y ante la táctica de la Ejecutiva me impulsaron a separarme de la noche a la magna, como protesta, del Comité central. Lo que más me torturaba era la conciencia de colocarme con este acto de "indisciplina" frente a aquellos que más cerca estaban de mí, política y personalmente: los amigos rusos.

En la Ejecutiva y en el Partido, como en muchas otras Secciones de la Internacional Comunista, la "acción de marzo" tenía no pocos defensores fanáticos, que la celebraban como una lucha revolucionaria de masas, reñida por cientos de miles de proletarios lanzados a la acción. La "teoría de la ofensiva" se había convertido en algo así como en un nuevo evangelio de la revolución. Sabía que me aguardaban luchas reñidísimas y estaba firmemente resuelta a afrontarlas en torno a la gran línea de principio de la política comunista, ya terminasen con un triunfo o con una derrota.

¿Cómo pensará Lenin acerca de todos los problemas planteados, él que sabe plasmar como ninguno en hechos los principios revolucionarios marxistas, que enfoca los hombres y las cosas en su concatenación histórica y sabe ponderar los balances de fuerzas? ¿Figurará Lenin entre los "izquierdistas" o entre los "derechistas"? Pues, naturalmente, a todo aquel que no aclamase sin condiciones la "acción de marzo" y la "teoría de la ofensiva" se le colgaba a escape la etiqueta de "derechista" y "oportunista". Yo aguardaba con temblorosa impaciencia 'el momento en que estas preguntas habían de recibir una contestación categórica. Se trataba de problemas decisivos para los objetivos, la fuerza de acción y hasta para la misma existencia de la Internacional Comunista. Desde mi salida del Comité central del partido alemán habían quedado rotos los hilos de mi correspondencia con los amigos de Rusia. En estas condiciones, sólo sabía acerca de la posición de Lenin, respecto a la "acción de marzo" y a la "teoría de la ofensiva", aquello que había llegado a mis oídos en forma de conjeturas más o menos fidedignas.

Lenin me pidió ante todo que le informase acerca de la situación en Alemania, en general, y dentro del partido. Yo me esforcé en informarle con la mayor claridad y objetividad posibles, aduje hechos y cifras. De vez en cuando, Lenin me hacía preguntas poniendo los puntos sobre las íes, y

tomaba notas. No oculté mis preocupaciones acerca de los peligros que, a juicio mío, amenazaban al partido alemán y a la Internacional Comunista si el congreso mundial abrazaba la "teoría de la ofensiva". Lenin se echó a reír con su magnífica risa de hombre seguro de sí mismo.

—¿Desde cuándo —me preguntó— se ha pasado usted al campo de los pesimistas? Esté usted tranquila, que en el congreso los árboles de los «teóricos de la ofensiva» no van a llegar al cielo. Todavía estamos nosotros aquí. ¿O es que cree usted que hemos «hecho» la revolución sin aprender nada de ella? Queremos, además, que ustedes aprendan de ella también. ¿Acaso esa posición es una teoría? ¡Nada de eso! Es una ilusión, romanticismo y nada más que romanticismo. Por eso ha sido fabricada en el «país de los poetas y los pensadores», con ayuda de mi querido Bela, que pertenece también a un país de poetas, y se cree obligado a ser siempre más «izquierdista» que los de la izquierda. No; nosotros no podemos soñar ni hacer poesía. Tenemos que contemplar la situación económica y política del mundo con mirada fría, muy fría, si queremos dar la batalla a la burguesía y vencer. Y queremos vencer, tenemos necesariamente que vencer. La decisión que adopte el congreso acerca de la táctica de la Internacional Comunista y de todos los problemas en litigio que con ella se relacionan, deberá estar necesariamente enlazada y ser enfocada en relación con nuestras tesis sobre la situación económica internacional. Todo tiene que formar una unidad. Por ahora, todavía hacemos más caso de Marx que de Thaiheimer y de Bela, aunque no puede negarse que Thalheimer es una buena y bien disciplinada cabeza teórica, y Bela un magnífico y leal revolucionario. Sin embargo, todavía se puede aprender más de la Revolución rusa que de la «acción de marzo» en Alemania. Como he dicho, a mí no me inquieta la posición que el Congreso pueda adoptar.

—El Congreso ha de emitir también juicio acerca de la "acción de marzo", que es, evidentemente, el fruto, la aplicación práctica de la "teoría de la ofensiva", su modelo histórico —dije yo, interrumpiendo a Lenin—. ¿Acaso puede desligarse la teoría de la práctica? Sin embargo, yo veo que aquí muchos camaradas, aun rechazando la "teoría de la ofen-

siva", defienden apasionadamente la "acción de marzo". Yo encuentro esto poco lógico. Indudablemente que todos nos inclinamos con sincera simpatía ante aquellos proletarios que se lanzaron a la lucha por creerse objeto de una provocación y por querer defender sus legítimos derechos. Todos nos declaramos solidarios con ellos, fuesen cientos de miles, como quieren hacernos creer los que nos cuentan ese cuento o solamente unos cuantos millares. Pero la posición táctica y de principio que adopte nuestra Central ante la "acción de marzo" es cuestión aparte. Esta acción ha sido y sigue siendo un pecado putchista, y no hay jabón teórico, político o literario capaz de lavar la mancha de este hecho.

—Claro está que la acción defensiva de aquellos proletarios dispuestos para la lucha y el avance ofensivo del partido mal aconsejado o, mejor dicho, de sus dirigentes, deben ser enjuiciados de distinto modo —dijo Lenin, rápidamente y con tono resuelto—. Pero ustedes, los "adversarios de la acción de marzo" tienen también su parte de culpa si no se ha hecho así. Ustedes no han visto más que la política equivocada de la dirección y sus malas consecuencias, sin tener presentes a los proletarios que luchaban en la Alemania Central. Además, la crítica puramente negativa de Paúl Levi, en la que no se echa de ver el sentimiento de solidaridad con el Partido, y que acaso haya disgustado más a los camaradas por su tono que por su contenido, ha desviado la atención de los aspectos más importantes del problema. Por lo que se refiere a la probable posición del Congreso ante la "acción de marzo", vaya usted haciéndose a la idea de que ha de encontrarse una base para llegar incondicionalmente a una transacción. Sí, míreme usted asombrada y con cara de reproche ; usted y sus amigos tendrán que tragarse una transacción. Tendrán que contentarse ustedes con llevarse la mejor parte en el botín del Congreso. Su línea política de principio obtendrá un triunfo brillante. Esto impedirá, además, que la "acción de marzo" se repita. Los acuerdos del Congreso deberán llevarse a la práctica estrictamente. Ya se encargará de ello la Ejecutiva. A mí esto no me inspira la menor duda.

"El Congreso retorcerá el pescuezo a la famosa "teoría de la ofensiva" y decretará la táctica que corresponde a la concepción de ustedes. Pero,

para poder hacer esto tiene que echar también unas migajas de consuelo a los que defienden aquella "teoría". Esto puede conseguirse si, al enjuiciar la "acción de marzo", destacamos en primer plano el hecho de que se trataba de unos proletarios lanzados a la lucha por una provocación de los lacayos de la burguesía, y teniendo, por lo demás, un poco de indulgencia "histórica" paternal. Ya sé que usted, Clara, se resolverá contra esto como contra un embrollo y qué sé yo cuántas cosas más. Pero no le servirá a usted de nada. Para que la táctica que acuerde el Congreso pueda llevarse a la práctica lo antes posible y sin fuertes rozamientos, para que presida en lo sucesivo la actuación de todos los partidos comunistas, es necesario que nuestros queridos "izquierdistas" no se vuelvan a sus casas demasiado humillados y amargados.

Además, tenemos que pensar también, y sobre todo y antes que todo, en el estado de espíritu de los obreros verdaderamente revolucionarios que militan dentro y fuera de nuestro Partido. Recuerdo que usted me decía hace tiempo en una carta que los rusos debíamos estudiar un poco mejor la sicología occidental y no dar en seguida a las gentes con la escoba en la cara. Pues bien ; yo he tomado buena nota de su consejo —dijo Lenin, sonriendo satisfecho—. No demos a los "izquierdistas" sin más ni más con la escoba en la cara y pongamos un poco de bálsamo en sus heridas. Ya verá usted qué pronto se ponen a trabajar con satisfacción y energía a su lado por aplicar la táctica del tercer Congreso de nuestra Internacional. Pues esto equivale a reunir, movilizar y lanzar a la lucha contra la burguesía y por la conquista del Poder a grandes masas proletarias, bajo la dirección comunista y en la línea política que usted profesa.

"Por lo demás, las líneas fundamentales de la táctica a seguir están claramente dibujadas en la proposición presentada por usted al Comité central del partido alemán. Esta proposición no era, ni mucho menos negativa, como el folleto de Paúl Levi; era, a pesar de todas sus críticas, algo muy positivo. No me explico cómo pudo ser desechada, y encima después de aquella discusión y con aquellas razones. Además, esta posición era completamente impolítica. En vez de aprovecharse de la diferencia entre una

actitud positiva y otra negativa para separarla a usted de Levi, la obligaron, a fuerza de azotes, a pasarse a su lado".

—¿Acaso cree usted, querido camarada Lenin —le interrumpí— que yo necesito también algunas migajas de consuelo para ayudarme a tragar la transacción? Conmigo puede prescindir del bálsamo y del consuelo.

—No —replicó Lenin—, no era esa mi intención. Y para probarle que no era esa, voy a administrarle inmediatamente una buena tanda de azotes. Diga usted, ¿cómo pudo cometer una tontería tan enorme, sí, una tontería tan enorme, saliéndose del Comité central? ¿Dónde tenía usted la cabeza? Yo me indigné, me puse furioso de indignación, cuando lo supe. No me explico cómo pudo obrar tan aturdidamente, sin fijarse en las consecuencias del paso que daba y sin ponernos una letra ni pedir nuestra opinión. ¿Por qué no escribió a Zinovief o por qué no me escribió a mí? Pudo, por lo menos, haber puesto un telegrama.

Le expuse las razones a que había obedecido mi determinación dictada repentinamente por la situación planteada en aquel entonces. Pero él no admitió mis razones.

—Nada de eso —exclamó enérgicamente—. Usted no había recibido su puesto en el Comité central de aquellos camaradas, sino del partido en conjunto, y no podía tirar por el suelo la confianza en usted depositada." Y como yo no reconociese mi falta, Lenin continuó criticando duramente mi separación del Comité central, y luego añadió, sin transición: "¿Habrá de considerar acaso como una pena merecida el que ayer, en la Conferencia femenina se desencadenase un asalto organizado en toda regla contra usted, como personificación del peor de los oportunistas? Fue bajo la dirección personal del bueno de Reuter (Friesland), quien tomaba parte por vez primera, que yo sepa, en la labor comunista entre las mujeres. Fue una tontería, una verdadera tontería. ¡Creer que se puede salvar la "teoría de la ofensiva" atacándola a usted por la espalda en la Conferencia femenina! Claro está que andaban también en juego otras especulaciones y esperanzas." Y con ingeniosas y sarcásticas palabras, acerca de determinadas personas, y, sobre todo, acerca de la "pequeña política femenina, manejada entre bastidores por unos cuantos grandes hombres", se puso a

explicarme la preparación y los objetivos de aquel "asalto", del que, desgraciadamente, se había enterado cuando ya era tarde. Luego, continuo:

"Espero que tomará usted este episodio, políticamente, por el lado alegre, aunque humanamente tenga un regusto bastante desagradable. No hay que mirar más que hacia los obreros, hacia las masas, querida Clara, y pensar siempre en ellas y en nuestra meta, que alcanzaremos, y todas esas menudencias se quedan en nada. ¿Quién de nosotros no ha tenido que pasar por ellas? También yo he tenido que tragarme mi parte, se lo aseguro. ¿O cree usted que este partido bolchevique, que tanto admira, surgió de golpe y de una pieza? También aquí los amigos han cometido más de una vez cosas que no se pueden llamar precisamente habilidades. Pero, volvamos a su pecado. Tiene usted que prometerme aquí, ahora mismo, que no volverá a cometer un acto irreflexivo como ese; si no, nuestra amistad ha terminado.

Después de este intermedio, la conversación volvió a recaer sobre el tema principal. Lenin desarrolló a grandes rasgos su concepción acerca de la táctica de la Internacional Comunista, tal como había de exponerla más tarde en el Congreso, en aquel grandioso discurso, lleno de claridad, y como la mantuvo polémicamente, con mayor nitidez todavía, en los debates de las comisiones que precedieron al pleno. "La primera oleada de la revolución mundial se ha apagado. La segunda no se ha alzado todavía —me explicó—. Sería peligroso que nos hiciésemos ilusiones acerca de esto. Nosotros no somos como Jerjes, aquél que mandó a azotar al mar con cadenas. Pero, ¿es que el reconocer los hechos y el tenerlos en cuenta equivale acaso a cruzarse de brazos, a renunciar a todo? ¡Nada de eso! ¡Aprender, aprender y aprender!

"¡Obrar, obrar y obrar! Estar preparado, bien preparado y enteramente preparado, para poder aprovechar conscientemente y con toda energía la próxima oleada revolucionaria que se desencadene. He aquí la táctica. Agitación y propaganda incansables de partido que culminen en acciones de partido, pero en acciones de partido libres de la quimera de que pueden sustituir a acciones de masas. ¡Cuánto hemos tenido que trabajar entre las masas los bolcheviques, antes de poder decir: ¡ha llegado

la hora, en pie! Por tanto, ¡acercarse a las masas! Conquistar a las masas como condición previa para la conquista del Poder. Creo que con esta actitud del Congreso pueden estar verdaderamente satisfechos ustedes, los de la acera de enfrente."

"¿Y Paúl Levi? ¿Qué piensa usted de él, qué piensan sus amigos y qué actitud adoptará el Congreso ante esta cuestión?" Esta pregunta me estaba bailando en la lengua desde hacía mucho tiempo. "Paúl Levi —contestó Lenin— es, desgraciadamente, un caso aparte. Y la culpa de ello la tiene, principalmente, el propio Paúl. Se ha alejado de nosotros y ha ido a meterse tozudamente en un callejón sin salida. De esto ha tenido usted que convencerse, en sus campañas tan intensivas de agitación entre los delegados. A mí no necesita usted someterme a esa agitación. Sabe usted en cuánta estima tengo a Paúl Levi y a sus dotes. Le conocí en Suiza y cifré en él, en seguida, grandes esperanzas. Se mantuvo firme en los tiempos de las más duras persecuciones; era valiente, inteligente, pronto al sacrificio. Le creía firmemente unido al proletariado, aunque notaba cierta frialdad en sus relaciones con los obreros. Algo así como un querer "guardar las distancias". Desde la publicación de su folleto, he comenzado a dudar de él. Me ha asaltado el temor de que haya en él una 'fuerte tendencia a la intriga y al fraccionalismo, y también un poco de vanidad de literato. Era indispensable, indudablemente, someter a una crítica despiadada la "acción de marzo". Pero, ¿qué es lo que ha aportado Paúl Levi? Una trituración cruel del partido. No sólo critica con la mayor parcialidad, exageradamente, hasta la repugnancia, sino que no ofrece nada que permita al partido orientarse. En su crítica, no se echa de ver el menor espíritu de solidaridad con el partido. Y esto es lo que tanto ha indignado a los camaradas en bloques, haciéndolos ciegos y sordos respecto a las muchas cosas acertadas que se contienen en su crítica, y, sobre todo, respecto a su punto de vista político fundamental, bien orientado. De este modo, fue creándose un estado de espíritu —que se propagó también a los camaradas no alemanes—, en el que la polémica versaba ya exclusivamente en torno al folleto y, sobre todo, en torno a la persona de Levi, en vez de girar sobre la falsa teoría y la mala práctica de la «teoría de la ofen-

siva» y de los «izquierdistas». Estos tienen que agradecerle a Paúl Levi el que hasta hoy hayan salido tan bien parados, demasiado bien. Paúl Levi es el peor enemigo de sí mismo."

Con las últimas afirmaciones me mostré conforme; pero, en cambio, hube de oponerme enérgicamente a otras. "Paúl Levi —dije— no es un literato vanidoso o complacido de sí mismo, ni es tampoco un arrivista político ambicioso. Tuvo la fatalidad, y no el deseo, de verse al frente del partido en plena juventud, sin gran experiencia política ni una profunda disciplina teórica. Después del asesinato de Rosa, de Carlos y de Leo, no tuvo más remedio que hacerse cargo de la dirección, cosa contra la que se resistió bastantes veces. Esto es un hecho. Y si nuestros camaradas no se sienten bastante en la intimidad con él, porque Levi es un solitario, yo estoy firmemente convencida de que vive entregado al partido y a los obreros con todas las fibras de su ser. La desdichada «acción de marzo» le conmovió en lo más hondo. Creía firmemente que aquella acción había puesto y jugado a una carta, frívolamente, la existencia del partido por el que Carlos, Rosa, Leo y muchos otros habían dado sus vidas. Y lloró, lloró literalmente de dolor, ante la idea de que el partido estaba perdido. Sólo creía posible su salvación empleando los recursos más heroicos. Escribió su folleto con el estado de espíritu de aquel romano legendario que se arroja voluntariamente al abismo para salvar a la patria con el sacrificio de su vida. Las intenciones de Paúl Levi no han podido ser más puras ni más altruistas."

—No voy a discutir eso con usted —replicó Lenin—. Desde luego, es usted mejor abogado de Levi que él mismo. Pero usted sabe que en política no interesan las intenciones sino los efectos. ¿No hay un proverbio alemán que dice que "el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones", o algo parecido? El Congreso condenará a Paúl Levi, será duro contra él. Es inevitable. Sin embargo, la condena de Paúl se basará solamente en quebrantamiento de disciplina y no en su punto de vista político fundamental.

"Esto no sería posible tampoco, precisamente en el momento en que va a reconocerse, en realidad, la exactitud de ese punto de vista. Por esto, le queda abierto el camino para volverse a nosotros. Ojalá que no se le cierre él mismo! Su suerte política está en sus manos. Tendrá que someterse al acuerdo del Congreso como un comunista disciplinado y desaparecer de la vida política durante algún tiempo. Esto le sabrá muy amargo, indudablemente. Yo siento con él, y sinceramente me da pena. Puede usted creerme; pero no puedo evitarle esta dura prueba.

"Paúl debe recogerse en sí mismo, como nosotros, los rusos, bajo el zarismo, cuando nos enviaban a la deportación o a la cárcel. Puede ser, para él, un período de estudio intenso y de sereno examen de conciencia. Todavía es joven en años y joven dentro del Partido. Su cultura teórica es muy deficiente. En Economía política, no ha pasado todavía del abecé del marxismo. Volverá a nosotros con conocimientos teóricos más profundos, fortalecido en sus principios y como un buen dirigente del partido, inteligente y hábil. No debemos perder a Levi. Ni por él ni por la causa. No andamos tan sobrados de talentos para que no nos esforcemos por conservar, en lo posible, lo que tenemos. Y si la opinión que usted tiene de él es acertada, su alejamiento definitivo de la vanguardia revolucionaria del proletariado le asestaría a él mismo una herida incurable. Háblele usted afectuosamente, ayúdele a ver las cosas como son, desde el punto de vista general y no desde su punto de vista personal de hombre que quiere «tener razón». Yo le ayudaré a usted en esta tarea. Si Levi se somete a la disciplina, si sale adelante —puede, por ejemplo, colaborar anónimamente en la prensa del Partido, redactar algunos buenos folletos—, le prometo que, de aquí a tres o cuatro meses, pediré en una carta abierta su rehabilitación. Tiene ante sí la prueba del fuego. Confiemos en que la resistirá."

Suspiré, como ante algo inevitable cuyos efectos no era fácil prever. "Querido Lenin —dije—, ¡haga usted cuanto pueda! Ustedes, los rusos, tienen la mano ligera para pegar. Sus brazos se abren con rapidez para estrechar al enemigo. Por la historia del partido ruso, sé que aquí las maldiciones y las bendiciones cruzan como el viento ligero sobre la estepa. Pero no-

sotros, los «occidentales», tenemos la sangre más densa. Sobre nosotros gravita aquella pesadilla histórica de que hablaba Marx. Vuelvo a rogarle encarecidamente que haga cuanto pueda por evitar que perdamos a Paúl Levi." Lenin me contestó : "No tenga usted cuidado. Cumpliré la promesa que le he hecho. Siempre y cuando que no se hunda él mismo." Y echó mano de su gorra, aquella gorra sencilla de visera, ya un poco usada, y se fue, con su paso tranquilo y enérgico.

Los "oposicionistas" de la delegación alemana —los camaradas Malzahn, Neumann, Franken y Müllertenían el ardiente deseo, muy comprensible, de hablar con Lenin, para informarle, a base de su experiencia propia, acerca del carácter y consecuencias de la "acción de marzo". El camarada Franken, respecto a una parte del Rhin; los otros tres, como elementos sindicales. Insistían, y con razón, en la gran importancia que podía tener el describir ante el primer guía indiscutido de la Internacional Comunista, el estado de espíritu reinante en amplios sectores de buenos proletarios de temple revolucionario y con conciencia de clase, exponiéndole su opinión personal acerca de la "teoría le la ofensiva" y de la táctica que juzgaban necesaria. Además, tenían, naturalmente, mucho interés en conocer personalmente la opinión de Lenin acerca de los problemas que les preocupaban. Avisado Lenin, juzgó "natural" satisfacer el deseo de los camaradas. Se convino el día y la hora en que había de reunirse con ellos en mi cuarto. Los camaradas llegaron bastante antes que él, pues queríamos ponernos de acuerdo acerca de nuestras intervenciones en los debates del Congreso. Lenin era siempre muy puntual. Entró en el cuarto casi en el minuto convenido, sin que su aparición, sencilla como siempre, fuese advertida apenas por los camaradas, empeñados en una calurosa discusión. "Buenos días, camaradas." Estrechó la mano a todos y se sentó entre ellos, tomando parte inmediatamente en la conversación. A mí, todo aquello me era familiar y me parecía la cosa más natural del mundo que todos los camaradas conociesen a Lenin. Por eso no se me ocurrió presentárselo. Después de unos diez minutos de conversación sobre temas generales, uno de los camaradas me llamó aparte y me preguntó en voz

baja : "Diga usted, camarada Clara, ¿quién es este camarada?" "Pero, ¿cómo: no le ha conocido usted? —contesté—. Es el camarada Lenin." "¿Es posible —replicó mi amigo—. ¡Yo creía que nos tendría esperando como un personaje! ¡Ni el más sencillo de los camaradas puede ser más sencillo y afectuoso que él! ¡Cuando recuerda uno cómo paseaba solemnemente por el Reichstag los faldones de su levita nuestro ex camarada Hermann Müller, al ser nombrado canciller!"

Me pareció que los camaradas oposicionistas y Lenin resistían recíprocamente, en el examen mutuo a que se estaba sometiendo. A Lenin le interesaba más, manifiestamente, oír, comparar, comprobar y orientarse que recitar ante sus interlocutores "artículos de fondo", aunque no recatase precisamente su opinión. Era inagotable haciendo preguntas y seguía con vibrante interés las manifestaciones de los camaradas, sugiriéndoles con frecuencia explicaciones y aclaraciones. Insistió enérgicamente en la importancia de desarrollar una labor sistemática y organizada entre las grandes masas obreras y en la necesidad de centralización y de rígida disciplina. Más tarde, me dijo que aquella entrevista le había alegrado mucho.

"¡Magníficos elementos, esos proletarios alemanes del corte de Malzahn y sus amigos! Confieso que acaso no serían nunca capaces de presentarse como números sensacionales en una feria demagógica radical. No sé si servirán como tropas de choque; pero de lo que sí estoy seguro es de que, hombres como éstos, son los que forman los sólidos batallones del proletariado revolucionario, los que constituyen la fuerza de sostén y de resistencia en las fábricas y los sindicatos. Hay que reunir y movilizar a elementos como ésos, que serán los que nos unan a las masas."

Abramos un paréntesis al margen de la política. Cuantas veces venía a visitarme Lenin, era un día de fiesta para toda la casa. Desde los soldados rojos que montaban la guardia a la entrada, hasta la chica de la cocina, y no digamos las delegadas del cercano y del lejano Oriente, alojadas conmigo en aquella espaciosa villa, que la revolución había convertido de

propiedad de un rico fabricante en propiedad del Municipio de Moscú. Ha llegado ¡Vladimir Ilitch! La noticia corría de boca en boca. Todo el mundo se ponía al acecho y corría hacia el vestíbulo o hacia la puerta de la calle para saludar a Lenin y decirle adiós con el brazo. Y las caras se transfiguraban de alegría cuando él pasaba por delante de todos, saludándolos con su cordial sonrisa y dirigiendo un par de palabras a unos y a otros. Y todo sin que, de un lado, se notase ni el más leve asomo de rebajamiento, y mucho menos de sumisión lacayuna, ni de desdén o efectismo, de la otra parte. Los soldados rojo, los obreros y los empleados, los delegados venidos al Congreso desde Persia y Dagestán, con los "turquestanos", que tanto ha popularizado Paúl Levi, envueltos en sus vestidos legendarios, todos amaban a Lenin como a uno de los suyos, y él se sentía también como uno de ellos. Les unía un sentimiento de entrañada fraternidad, como a hijos de la misma madre.

Los "teóricos de la ofensiva" no habían conseguido el menor éxito en los debates sobre el magnífico informe de Trotsky acerca de "La situación económica y los nuevos objetivos de la Internacional Comunista", ni en las comisiones ni en el pleno. Pero todavía confiaban en conseguir la victoria por medio de enmiendas y adiciones a las tesis sobre la "táctica de la. Internacional Comunista". Estas enmiendas fueron presentadas por los delegados alemanes, austríacos e italianos. Las defendió el camarada Terracini, desarrollándose una apasionada agitación por conseguir que fuesen aceptadas. ¿Cuál sería la decisión? Una atmósfera de tensión extraordinaria llenaba el alto y amplio salón del Kremlin, donde el color rojo resplan. deciente de la Casa del Pueblo comunista quita pompa y frialdad al oro centelleante del antiguo palacio regio. Los cientos de delegados, el auditorio apretujado seguían los debates con todos los nervios en tensión.

Lenin se levanta a hablar. Su intervención es un modelo de elocuencia leniniana. Sin adornos retóricos de ningún género. La retórica es suplida por el peso de la idea, clara y diáfana, por la lógica inflexible de la argumentación, por la línea consecuentemente mantenida. Los períodos se

lanzan como bloques sin tallar, y se unen, formando un todo armónico. Lenin no pretende fascinar ni arrebatar; quiere, sencillamente, convencer. Y convence y arrebata. No por la belleza resonante de. las palabras que embriagan, sino por el espíritu luminoso, que enfoca sin engaños ni transfiguraciones, tal como es, en su auténtica realidad, el mundo de los fenómenos sociales y que, con cruel sinceridad, "dice lo que es". Ahora, las afirmaciones de Lenin caen como latigazos, más aún, como porrazos, sobre aquellos "que se hacen un deporte de la batida contra los derechistas" y que no comprenden qué es lo que puede llevarnos al triunfo. Sólo podremos vencer verdaderamente si, luchando, sabemos traer a nuestro lado a la mayoría de la clase obrera, y no a la mayoría de los obreros exclusivamente, sino a la mayoría de los "explotados y oprimidos". Todos presentimos,que la batalla decisiva está dada. Al acercarme a estrechar la mano de Lenin con resplandeciente entusiasmo, no pude contenerme, y le dije:

—¿Sabe usted, Lenin, que en nuestros países ningún jefe de una asamblea, revestido de pontifical, se atrevería a hablar con la sencillez y la naturalidad con que usted habla? Temería que no se le considerase "bastante culto", Yo sólo conozco algo comparable a' su modo de hablar: el formidable arte de Tolstoi. Tienen ustedes de común la gran línea armónica, cerrada, el inexorable amor a la verdad. Eso sí que es belleza. ¿Se trata, acaso, de una característica específicamente eslava?

—No lo sé —dijo Lenin—. Sólo sé que yo cuando "me hice orador" hablaba siempre mentalmente para los obreros y los campesinos. Mi única preocupación era que ellos me entendiesen. Y donde quiera que habla un comunista, debe pensar en las masas, hablar para ellas. Pero, dejemos esto. Menos mal que nadie ha escuchado esas hipótesis de psicología racial de usted. De otro modo, hubieran murmurado: "¡Escucha, escucha cómo el viejo se deja arrullar por los halagos!" Tenemos que ser cautos, no vayan a sospechar que los dos viejos conspiramos contra la izquierda. En la izquierda, naturalmente, nadie intriga ni conspira —y riéndose con todas sus fuerzas, Lenin abandonó la sala, en busca del trabajo que le esperaba.

El día de mi marcha, vino Lenin a despedirse de mí y a darme "algunos buenos consejos" que, en opinión suya, "me hacían falta".

—Usted, naturalmente, no se ve del todo satisfecha con el resultado del congreso —me dijo—. No oculta usted que le parece poco lógico que el congreso, colocándose, en principio, tácticamente, en las líneas de Paúl Levi, le expulsase. Pero tenía que imponérsele alguna sanción, Y al decir esta, no pienso solamente en las faltas de Levi, de las que ya he hablado con usted. Piense sobre todo en lo difícil que se nos ha hecho, por culpa suya, llevar a la práctica la táctica de conquistar las masas. También él debe reconocer y confesar sus errores, para aprender de ellos; si lo hace,.con su dotes políticas, no tardará en volver a verse al frente del partido.

—Yo creo —le contesté— que hay un camino por el que Paúl podría someterse a la disciplina de la Internacional Comunista, sin acusarse de nada ni arrepentirse de nada, en su opinión personal: renunciar a su acta de diputado y suspender la publicación de su revista con un número en el que enjuicie con una absoluta objetividad y desde una alta plataforma histórica la obra de nuestro tercer congreso mundial. Esto no excluye, indudablemente, la posibilidad de criticar esta obra, sino que, por el contrario, la lleva implícita. Y al mismo tiempo, una declaración en la que diga que, aun considerando injusto y poco lógico el fallo del congreso, respecto a su persona, se somete, sin embargo, a él por amor a la causa. Con este acto de renuncia viril, Paúl Levi no perdería nada, antes al contrario ganaría, ni como político ni como hombre. Demostraría, dando un mentís a las sucias sospechas de sus adversarios, que el comunismo está para él por encima de todo.

—Su proposición es excelente —manifestó Lenin—; pero, ¿estará el expulsado dispuesto a seguirla? De todos modos, yo deseo que se confirme su caluroso optimismo en el modo de juzgar a Levi y no el pesimismo de muchos otros. Y vuelvo a prometerle que abogaré en una carta abierta por la readmisión de Levi en el partido, si él mismo no lo imposibilita. Pero, vayamos a lo más importante. A grandes rasgos, tenemos razones para estar satisfechos de los acuerdos de nuestro tercer congreso. Estos acuer-

dos tienen una importancia histórica muy grande y marcan, en realidad, un "jalón fundamental" en la marcha de la Internacional Comunista. Cierran la primera etapa de su desarrollo como partido revolucionario de masas. Por eso el congreso tenía que liquidar radicalmente esas ilusiones izquierdistas de que la revolución mundial avanza ininterrumpidamente con su arrollador ritmo inicial, de que vivimos en una segunda oleada revolucionaria y de que el arrancar el triunfo para nuestras banderas depende, única y exclusivamente, de la voluntad del partido y de su acción. Naturalmente, sobre el papel y en la sala de un congreso, en una atmósfera limpia de condiciones objetivas, en el vacío, es fácil "hacer" la revolución, como "hazaña gloriosa del partido exclusivamente", sin masas. En realidad, esta manera de pensar no tiene nada de revolucionaria, es en un todo pequeñoburguesa. Las "tonterías izquierdistas" encontraron su expresión concreta y más aguda en Alemania, en la "acción de marzo" y en la "teoría de la ofensiva". Por eso hubieron de liquidarse sobre las espaldas de ustedes, por eso ustedes sirvieron en este caso de cabezas de turco. Pero, en realidad, el ajuste de cuentas ha sido internacional.

"Ahora, lo que hace falta es que ustedes, en Alemania, implanten la táctica acordada, formando un bloque, como un partido coherente y disciplinado.

"Para esto no basta con "el tratado de paz" que hemos amañado aquí entre ustedes. Este acuerdo será un papel mojado si ustedes, los de la izquierda y los de la derecha, no ponen en él la voluntad firme y honrada de actuar como partido, con una línea política clara y concreta. Pese a toda su repugnancia y a su resistencia, no tiene usted más remedio que entrar en el Comité central. Y no debe usted volver a echarse fuera, aun cuando personalmente se le antoje que tiene usted el derecho y hasta el deber le hacerlo. El último derecho que tiene usted, en estos tiempos difíciles, es servir al partido, y, a través de él, al proletariado. Su deber, ahora, es mantener la cohesión del partido. La hago a usted personalísimamente responsable de que no se producirá ninguna escisión; a lo sumo, un pequeño desgajamiento. Tiene usted que ser severa con los camaradas que no tienen todavía una disciplina teórica grande ni una gran experiencia

práctica, y al mismo tiempo debe usted tratarlos con mucha paciencia. Le ruego que eche usted una mano sobre todo al camarada Reuter (Friedland). Ha colaborado durante varios años con, nosotros con todo entusiasmo y muy bien. Hay que meterlo en el Comité central, como jefe de los "radicales" de Berlín. Por este mero hecho, mejorarán las relaciones entre ellos y el Comité central. Conociendo como conozco a Reuter, puedo asegurar que se considerará obligado por el "tratado de paz" y que colaborará en un plano de camaradería con los llamados derechistas. No niego que durante el Congreso he advertido en él cierta rigidez y cierta estrechez, que je hacen poco apto para jefe, y si esas cualidades se echan a rodar por la pendiente, ya no habrá quien las contenga".

Al llegar aquí, interrumpí los "buenos consejos" de Lenin con esta pregunta asombrada:

—¿Es que presume usted concretamente algo? —Mi consejero se echó a reír.

—Presunciones no tengo, pero sí experiencia —y prosiguió—: Lo más importante es que retengan ustedes bajo nuestras banderas a los camaradas de valor, acreditados ya de antes en el movimiento obrero. Al decir esto, pienso en camaradas como Adolfo Hoffman, Fritz Geyer, Dñumig, Fries y otros. También con ellos hay que tener paciencia, y no creer que la "pureza del comunismo" va a peligrar y a perderse, porque de vez en cuando no acierten a formular con la suficiente claridad y precisión una idea comunista. Estos camaradas están animados de la mejor voluntad de ser buenos comunistas. Y deben ustedes ayudarles a serlo. Naturalmente, que no deben ustedes hacer concesiones a ningún resabio reformista. Hay que evitar que el reformismo se cuele de contrabando bajo ningún pabellón falso. Pero deben ustedes colocar a camaradas de esta especie en posiciones en las que no puedan hablar más que como comunistas. Tal vez, más aún, probablemente, sufrirán ustedes algún desengaño, a pesar de todas las precauciones. Pero, aunque pierdan ustedes a un camarada que "retroceda", si saben proceder con firmeza y habilidad, por cada uno que pierdan obtendrán dos, tres, diez, que vendrán a ustedes y se harán verdaderos comunistas. Camaradas como Adolfo Hoffman, Dáumig, etc.,

aportan al partido experiencia y conocimientos de las cosas y son, sobre todo, eslabones vivos entre el partido y las grandes masas obreras que tienen depositada en ellos su confianza. Y lo que interesa son las masas. Hay que tener cuidado de no ahuyentarlas ni con torpezas "izquierdistas" ni con "temores derechistas". Las masas vendrán a nosotros si sabemos actuar siempre, en las cosas pequeñas y en las grandes, como comunistas consecuentes. En Alemania tienen ustedes que aprobar ahora el examen de táctica en la conquista de las masas. No nos desilusionen ustedes comenzando por la escisión del partido. Pensar siempre en las masas, Clara, y llegarán ustedes a la revolución como nosotros hemos llegado: con las masas y por las masas.

* * *

Después de esta conversación de despedida, estuve dos veces en Moscú, y las dos veces pesó como una sombra negra sobre mi estancia la contrariedad de no poder ver a Lenin ni hablar con él. Aquel hombre de fuerza primaria, capaz de resistirlo todo, había tenido que rendirse a una dura enfermedad. Contra los más sombríos rumores y profecías, se repuso. Y cuando, a fines de octubre de 1922, me puse en camino para asistir al cuarto congreso mundial de la Internacional Comunista, sabía que había de volver a ver a Lenin. Su convalecencia estaba tan avanzada, que se le había encargado un informe sobre "Cinco años de revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial". ¿Qué más hermosa fiesta de jubileo podía apetecer la revolución rusa que este discurso en que su caudillo más genial, ya repuesto, había de exponer sus resultados ante los representantes de la vanguardia revolucionaria del proletariado? Al segundo día (le mi estancia en Moscú, vino el camarada que guardaba mi cuarto y que, a todas luces, era un hombre paliado del antiguo al nuevo "régimen", y me dijo, con alegre emoción:

—Camarada, va a venir a visitarla Vladimir llitch. Vladimir Ilitch es el señor Lenin. Llegará en seguida.

El aviso me conmovió de tal modo que, por el momento, apenas me di cuenta de lo cómico que era aquello del "señor Lenin". Allí es-

taba ya Vladimir Ilitch, embutido en un chaquetón peludo de color gris, magnífico de aspecto, fuerte, como antes de los malignos días de la enfermedad.

—No tenga usted preocupación —contestó a mis preguntas acerca de su salud—. Me encuentro perfectamente bien, muy fuerte. Hasta me he vuelto "razonable", o como lo llamen los señores doctores. Trabajo, pero me cuido, ateniéndome estrictamente a las prescripciones médicas. No tengo ningún deseo de volver a caer enfermo! No tiene ninguna gracia. Da uno muchísimo que hacer, y Nadeida Constantinovna y María Ilinichna están completamente esclavizadas cuidando al enfermo... Bien, la historia ha seguido su curso sin mí, en Rusia y en todas partes. Los camaradas dirigentes de nuestro partido han colaborado con mucha, mucha camaradería, y esto es lo principal. Pero todos ellos tenían demasiado trabajo, y estoy contento de poder ayudarles en algo.

El camarada Lenin me preguntó, cordialmente, como siempre que nos veíamos, por mis hijos, y me invitó a que le informase acerca de Alemania y del partido alemán. Lo hice brevemente, dominada por la preocupación de no fatigarle. Lenin parecía empalmar mentalmente mis informes a las conversaciones que habíamos sometido durante el tercer congreso de la Internacional. Se burló de mí por lo que él llamaba mi "psicología de la bondad en el caso Levi", con referencia a las pasadas conversaciones.

—Menos psicología y más política —me dijo—. Por lo demás, en su polémica con Levi respecto a la posición de Rosa ante la revolución rusa, ha demostrado usted que también sabe hacerlo, si quiere. Se tenía muy bien merecida la dura sanción que usted le ha impuesto. Levi se ha liquidado él mismo para nosotros, más rápida y concienzudamente de lo que su peor enemigo hubiera podido hacerlo. Ya no puede sernos peligroso. Para nosotros, ya no es más que un número dentro de la socialdemocracia, ni más ni menos. No importa que le esté reservado acaso cierto papel allí. Dada la decadencia de ese partido, la cosa no es difícil. Para un camarada de luchas y amigo íntimo de Rosa y de Carlos, era el desenlace más lamentable que podía pensarse; sí, el desenlace más lamentable.

Por eso dábamos también por descontado que su deserción y su traición no estremecerían ni pondrían en peligro seriamente al partido comunista. Algunas sacudidas en pequeños sectores y el desgajamiento de unas cuantas personas. El partido es sano, sano en su medula. Está en el mejor de los caminos para convertirse en partido de masas, en partido revolucionario dirigente de las masas del proletariado alemán. ¿Y qué hay de la oposición? —preguntó Lenin, después de una pequeña pausa—. ¿Ha aprendido, por fin, a hacer política, política comunista?

Le hice un resumen de la situación en este aspecto, al que puse término diciéndole que la "oposición berlinesa" había asignado al cuarto congreso internacional la misión de revisar y revocar el punto de vista del congreso anterior. Su divisa era: "¡Vuelta al segundo congreso!"...

A Lenin le hizo gracia esta "ingenuidad sin precedentes", que tal fue, literalmente, su expresión.

—Los camaradas "izquierdistas" creen, por lo visto, que la Internacional Comunista es algo así como Penélope — exclamó alegremente—. Pero nuestra Internacional no teje de día para destejer de noche lo tejido. No puede permitirse el lujo de dar un paso hacia adelante y en seguida otro hacia atrás. ¿Es que los camaradas no tienen ojos para ver lo que ocurre? ¿Qué es lo que ha cambiado en la situación del mundo, para que la conquista de las masas no sea ya nuestra principal misión? Esos "izquierdistas" son como los Borbones, que no aprenden nada ni olvidan nada. Según mis informes, detrás de la crítica "izquierdista" de los errores deslizados en la aplicación de la táctica de frente único, se esconde el deseo de mandar al diablo esta táctica. Nada de revocar, sino, por el contrario, confirmar y subrayar, subrayar con toda energía: eso es lo que el próximo congreso de la Internacional Comunista tiene que hacer con los acuerdos del congreso anterior. Estos acuerdos representan un avance respecto a la labor del segundo congreso. Hay que construir sobre ellos, si queremos llegar a ser un partido de masas, el partido revolucionario dirigente de clase del proletariado. ¿Queremos la conquista del Poder, la dictadura de los obreros, la revolución, sí o no? Si la queremos, no hay, ni hoy ni ayer, otro camino que el trazado por el tercer congreso.

En otra entrevista que tuvimos durante la celebración del congreso, Lenin volvió sobre sus manifestaciones acerca de la "oposición izquierdista" en Alemania. Entre tanto, había tenido ocasión de asistir a una reunión de los delegados alemanes, en la que Arturo Kiónig y, sobre todo, Ruth Fischer, como representantes y dirigentes de los "izquierdistas", mantuvieron su posición frente a la del Comité central y a la de la mayoría del partido. Lo hicieron, políticamente, con una falta de energía extraordinaria y, además, con una suavidad y una mesura sorprendentes; también en el pleno del congreso, la "oposición izquierdista" se caracterizó, con gran sorpresa de todos, por su actitud "moderada", que contrastaba con el estrépito y la rebeldía que adoptaban en Alemania. Lenin seguía los debates con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y la mano puesta en la oreja. Pero no tomó parte en la discusión, limitándose a mascullar por dos o tres veces contra las manifestaciones oposicionistas algo que no era precisamente simpatía ni adhesión. ¿Qué impresión le habían producido los debates? Cuando, por casualidad, me encontré con él, se lo pregunté.

Lenin me contestó meneando la cabeza:

—¡Hum, hum! Comprendo que en la situación actual, pueda haber en Alemania algo así como una "oposición izquierdista". Hay, indudablemente, obreros descontentos, apenados, que sienten revolucionariamente, pero que políticamente son gentes indisciplinadas y confusas. Les parece que las cosas van demasiado despacio. La historia no parece tener prisa, y esos obreros descontentos creen que la que no tiene prisa es la Dirección del partido. Hacen a ésta responsable del ritmo lento de la revolución mundial, critican y refunfuñan. Todo esto lo comprendo. Pero lo que no comprendo son esos jefes de la "oposición izquierdista" que acabo de escuchar.

Con un sarcasmo mordaz, se puso a hablarme de la "mitad mejor" de la delegación izquierdista. Creía que su "izquierdismo" era un "azar personal", falto de todo rumbo político.

—La unión de los izquierdistas con Maslof es algo lamentable. Yo no he cambiado de opinión acerca de este hombre —y terminó con estas

palabras enérgicas—: No; a mí esa oposición, esa dirección no me imponen en lo más mínimo. Pero, lo digo francamente, tampoco me imponen ese Comité central, que no acierta, que no despliega la energía necesaria para acabar con esos demagogos de vía estrecha. Por fuerza tiene que ser fácil liquidar a esa gentecilla, separar de ella y educar políticamente a los obreros de temple revolucionario. Precisamente por ser obreros de temple revolucionario, pues los radicales de esa casta no son, en el fondo, más que oportunistas de la peor especie.

Pero volvamos a la visita de Lenin, punto de partida de mi recuerdo.

Lenin me expresó su satisfacción acerca de la tendencia segura, aunque lenta todavía, hacia la vitalización económica de la Rusia soviética. Adujo hechos y apuntó cifras demostrativas de los progresos realizados.

—Pero de esto hablaré en mi informe —dijo, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. El tiempo que mis tiranos médicos me conceden para las visitas se ha agotado. Ya ve usted qué disciplinado soy. Sin embargo, tengo que contarle todavía algo que sé que la alegrará mucho. Imagínese usted, hace pocos días recibí una carta de la aldea remota de... (desgraciadamente, se me ha borrado de la memoria el nombre complicado de la aldea citado por Lenin). Como unos cien niños de un asilo me escriben: "Querido abuelito Lenin : Te escribimos para contarte que somos muy buenos. Estudiamos mucho. Ya leemos y escribimos bien. Hacemos muchas cosas muy bonitas. Nos lavamos bien lavados todas las mañanas, y además nos lavamos las manos siempre antes de comer. Lo hacemos por darle una alegría a nuestro maestro, que no nos quiere si andamos sucios", etc. Como usted ve, querida Clara, hacemos progresos, progresos muy serios en todos los terrenos. Acumulamos cultura y ya nos lavamos y todo, incluso diariamente. Los niños de las aldeas trabajan ya en la edificación de la Rusia soviética. ¿Hemos de temer, en estas condiciones, no triunfar? —y Lenin se echó a reír, con su vieja risa llena de alegría, en la que rezumaban tanta bondad y tanta seguridad de triunfar.

Escuché el informe de Lenin sobre la Revolución rusa, el informe de un convaleciente con una voluntad férrea de vivir para modelar creadora-

mente, con la suya, la vida social; las palabras de un hombre curado hacia el que, sin embargo, la muerte alargaba ya, implacable, su brazo esquelético. Pero, al lado de esta última aportación histórica se me han quedado grabadas también inextinguiblemente en el alma las últimas palabras de la última conversación personal que tuve con Lenin, aparte de unas cuantas manifestaciones breves cruzadas entre nosotros en diversas ocasiones en que por casualidad nos encontramos. Estas palabras venían a cerrar el ciclo de la primera conversación "no política" que había tenido con él. En ambas era el mismo Lenin, el Lenin de cuerpo entero, quien hablaba. El Lenin que sabía ver en lo pequeño lo grande, enfocar y enjuiciar lo pequeño en íntima conexión con lo grande. El Lenin que, siguiendo las huellas del espíritu de Marx conocía la íntima interdependencia entre la cultura popular y la revolución, para el que la educación popular era la revolución, y ésta, educación popular. El Lenin que amaba cálidamente, entregándose a él por entero, al pueblo trabajador y sobre todo a los niños, el porvenir de este pueblo, el porvenir del comunismo. El Lenin cuyo corazón era tan grande como su espíritu y su voluntad, y que por ello mismo se había convertido en el guía más descollante del proletariado. El Lenin que había marchado, fuerte e intrépido, hacia el triunfo, porque en él sólo vivía y palpitaba una cosa: el amor hacia las masas trabajadoras, la con fianza en la grandeza y en la bondad de la causa a la que había entregado su vida, la fe en su triunfo. Por eso pudo hacer el "milagro" histórico. Aquel hombre movía montañas.

Moscú, fines de enero de 1924.

* * *

Lenin me había hablado muchas veces del problema de la mujer. Se veía que atribuía una importancia muy grande al movimiento femenino, como parte esencial, en ocasiones incluso decisiva, del movimiento de las masas. Huelga decir que, para él, la plena equiparación social de la mujer con el hombre era un principio inconmovible, y que ningún comunista podía ni siquiera discutir. Fue en el gran despacho de Lenin en el Kremlin don-

de, en el otoño de 1920, tuvimos la primera conversación un poco larga acerca de este tema. Lenin estaba sentado en su mesa de escribir, que, cubierta de papeles y de libros, hablaba de estudio y de trabajo, sin que reinase en ella ningún "desorden genial".

—Tenemos que crear a todo trance un fuerte movimiento femenino internacional sobre una base teórica clara —dijo Lenin, encauzando la conversación después de las palabras de saludo—. Sin teoría marxista no puede haber una buena actuación práctica, esto es evidente. Nosotros, los comunistas, necesitamos también de una gran pureza de principios en esta cuestión. Tenemos que distinguirnos nítidamente de todos los demás partidos. Desgraciadamente, nuestro segundo congreso internacional ha fallado en el modo de plantear el problema de la mujer. Planteó el problema, pero sin llegar a tomar una posición ante él. El asunto se halla todavía en poder de una comisión. Esta se encargará de redactar una proposición, tesis, líneas directrices. Sin embargo, hasta hoy no ha hecho gran cosa. Es necesario que usted eche una mano.

Lo que Lenin me decía lo había oído ya por otro conducto, manifestando mi asombro ante ello. Estaba entusiasmada de todo lo que las mujeres rusas habían aportado a la revolución y de lo que todavía aportaban para defenderla y sacarla adelante. El partido bolchevique me parecía también un partido modelo, el partido modelo por excelencia, en lo tocante a la posición y actuación de la mujer dentro de él. Este partido aportaba, por sí solo, elementos valiosos, disciplinados y expertos y un gran ejemplo histórico al movimiento femenino comunista internacional.

—Sí; eso es cierto, y es magnífico y está muy bien —dijo Lenin, con una sonrisa silenciosa, apenas esbozada—. En Petrogrado, aquí, en Moscú, en las ciudades y centros industriales y en el campo, las proletarias se han portado maravillosamente en la revolución. Sin ellas, no habríamos triunfado. O habríamos triunfado a duras penas. Yo lo creo así. No puede usted imaginarse lo valientes que fueron y lo valientes que están siendo todavía. Represéntese usted todas las penalidades y privaciones que soportan estas mujeres.

"Y las soportan porque quieren que los Soviets salgan adelante, porque quieren la libertad, el comunismo. Sí; nuestras proletarias son unas magníficas luchadoras de clase. Merecen que se las admire y se las quiera. Por lo demás, hay que reconocer que también las damas de la "democracia constitucional" demostraron en Petrogrado mucha más valentía contra nosotros que los hombrecillos terratenientes. Eso es verdad. En el partido, tenemos camaradas de confianza, inteligentes e incansables para la acción. Con ellas, hemos podido cubrir no pocos puestos importantes en los Soviets y Comités ejecutivos, en los comisariados del pueblo y en las oficinas públicas. Algunas trabajan día y noche en el partido o entre las masas de los proletarios y los campesinos y en el Ejército rojo. Esto, para nosotros, tiene mucha importancia. Y lo tiene también para las mujeres del mundo entero, pues demuestra la capacidad de la mujer, la gran importancia que tiene su valor para la sociedad. La primera dictadura del proletariado está siendo su verdadero campeón en la lucha por la plena equiparación social de la mujer. Desarraiga más prejuicios que muchos volúmenes de literatura feminista. Pero, a pesar de todo y con todo, todavía no existe un movimiento femenino comunista internacional, y es necesario crearlo a todo trance. Es necesario entregarse inmediatamente a esta tarea. Sin esto, la labor de nuestra Internacional y de sus partidos no es ni será nunca lo que debe ser. Y hay que conseguir que lo sea, pues lo exige la revolución. Cuénteme usted en qué situación está la labor comunista en el extranjero".

Le informé acerca de esto, todo lo bien que podía hacerlo, dada la mala e irregular articulación que por aquel entonces existía en los partidos afiliados a la III Internacional. Lenin escuchaba mis palabras atentamente, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante, sin asomo de cansancio, de impaciencia o de hastío, siguiendo con reconcentrado interés hasta los detalles más secundarios. No he conocido a nadie que escuchase mejor que él ni que mejor ordenase lo escuchado, sacando de ello las conclusiones generales. Así lo denotaban las preguntas rápidas y siempre muy concretas con que interrumpía de vez en cuando los informes y el modo

certero con que volvía después sobre este o aquel detalle de la conversación. Lenin tomaba algunas notas rápidas.

Como era natural, analicé con especial detenimiento la situación alemana. Expuse a Lenin la insistencia con que Rosa Luxemburgo planteaba la necesidad de ganar para las luchas revolucionarias a las grandes masas femeninas. Al fundarse. el partido comunista, acuciaba porque se lanzase un periódico para la mujer. Cuando Leo Jogisches, en la última entrevista que tuvimos —dos días antes de que le asesinasen— discutió conmigo las tareas inmediatas del partido y me encomendó algunos trabajos, figuraba entre éstos un plan para la organización de la labor entre las mujeres trabajadoras. En su primera conferencia clandestina, el partido se había ocupado de este asunto. Las agitadoras y dirigentes que antes de la guerra y durante ésta se Habían destacado como mujeres disciplinadas y expertas dentro del movimiento, se habían quedado casi sin excepción dentro de la socialdemocracia, reteniendo con ellas a las proletarias más inquietas. No obstante, se había logrado reunir ya un pequeño núcleo de camaradas muy enérgicas y dispuestas a todos los sacrificios, tomaban parte en todos los trabajos y en todas las luchas del partido. Este núcleo de mujeres se había puesto ya a organizar la actuación sistemática entre las proletarias. Naturalmente, estaba todo en sus comienzos todavía; pero eran ya, desde luego, comienzos muy prometedores.

—No está mal, nada mal —dijo Lenin—. La energía, la capacidad de sacrificio y el entusiasmo de las camaradas, su valentía y su habilidad en tiempos clandestinos abren una buena perspectiva sobre la labor futura. Son elementos muy valiosos para el desarrollo del partido y su robustecimiento, para su capacidad de atracción sobre las masas y para planear y desarrollar acciones. Pero, ¿qué tal andan las camaradas y los camaradas en punto a claridad y a disciplina en cuanto a principios? Esto tiene una importancia fundamental para el trabajo entre las masas. Influye enormemente sobre lo que pasa entre las masas, saber lo que las atrae y entusiasma. De momento, no recuerdo quién fue el que dijo que "para hacer grandes cosas hay que entusiasmarse". Nosotros y los trabajadores

del mundo entero tenemos todavía, realmente, grandes cosas que hacer. Veamos, pues, ¿qué es lo que entusiasma a esas camaradas, a las mujeres proletarias de Alemania? ¿Cómo andan de conciencia proletaria de clase? ¿Concentran su interés, su actuación, en las reivindicaciones políticas de la hora? ¿Cuál es el eje de sus pensamientos?

"Acerca de esto, he oído contar cosas muy curiosas a algunos camaradas rusos y alemanes. Voy a decirle a usted una. Me han contado, por ejemplo, que una comunista muy inteligente de Hamburgo edita un periódico para las prostitutas, y quiere organizar a éstas en la lucha revolucionaria. Rosa sentía y obraba humanamente como comunista cuando, en un artículo, salió en defensa de unas prostitutas a quienes no sé qué trasgresión cometida contra las ordenanzas de Policía por las que se rige el ejercicio de su triste profesión, había llevado a la cárcel. Estos seres son víctimas de la sociedad burguesa, dignas de lástima por dos conceptos. Son víctimas de su maldito régimen de propiedad y son además víctimas de su maldita hipocresía moral. Esto es evidente, y sólo un hombre zafio y miope puede no verlo. Pero una cosa es comprender esto y otra cosa muy distinta querer organizar a las prostitutas —¿cómo diré yo?— gremialmente como una tropa revolucionaria aparte, editando para ellas un periódico industrial. ¿Es que en Alemania no quedan ya obreras industriales que organizar, para quienes editar un periódico, a quienes atraer a nuestras luchas? Se trata, evidentemente, de un brote enfermizo. Esto me recuerda demasiado aquella moda literaria que convertía poéticamente a cada prostituta en una santa de los altares. También aquí era sana la raíz: un sentimiento de solidaridad social, de rebeldía contra la hipocresía virtuosa de los honorables burgueses. Pero este sentimiento sano degeneraba y se corrompía en manifestaciones burguesas. Por lo demás, también a nosotros nos va a plantear más de un problema difícil el asunto de la prostitución. Hay que tender a incorporar a las prostitutas al trabajo productivo, a la economía social. Pero esto es difícil y complicado de conseguir en el estado actual de nuestra economía y bajo todo el conjunto de circunstancias actuales. Ahí tiene usted un fragmento del problema de la mujer que se presenta ante nosotros después de la con-

quista del Poder por el proletariado y que reclama una solución práctica. En la Rusia soviética, esto nos dará todavía mucho que hacer. Pero, volvamos al caso especial de Alemania, El partido no puede, ni mucho menos, cruzarse de brazos ante esos desaguisados que cometen sus individuos. Esto crea confusión y dispersa fuerza. Y usted, vamos a ver, ¿qué ha hecho por impedir estas cosas?

Antes de que pudiese contestar, Lenin prosiguió:

—En su "Debe", Clara, hay más cosas apuntadas. Me han contado que en las veladas de lectura y discusión que se organizan para las camaradas son objeto preferente de atención el problema sexual y el problema del matrimonio, y que sobre estos temas versa principalmente el interés y la labor de enseñanza y de cultura políticas. Cuando me lo dijeron, no quería dar crédito a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha con los contrarrevolucionarios del mundo entero. La misma situación de Alemania reclama la más intensa concentración de todas las fuerzas proletarias, revolucionarias, para cortar los avances cada vez mayores de la contrarrevolución. ¡Y he aquí que las camaradas activas se ponen a discutir el problema sexual y el problema de las formas del matrimonio "en el pasado, en el presente y en el porvenir"! Creen que su deber más apremiante en esta hora es ilustrar a las proletarias acerca de esto. Se me dice que la publicación más leída es un folleto de una joven camarada vienesa sobre la cuestión sexual. ¡Valiente mamarrachada! Lo que interesa de estas cuestiones a los obreros hace ya mucho tiempo que lo han leído en Bebel... Pero no en un estilo aburrido, pétreo, esquemático como el del folleto, sino en un estilo recio de agitación, de agresividad contra la sociedad burguesa. Querer ampliar eso con las hipótesis freudianas, podrá parecer "culto" y hasta pasar por ciencia, pero no es más que una estupidez de profanos. La teoría freudiana es también, hoy, una de esas tonterías de la moda. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, ensayos, folletos, etc., en una palabra, de esa literatura específica que crece exuberante en los estercoleros de la sociedad burguesa. Desconfío de esos que sólo saben mirar al problema sexual como el santo

indio a su ombligo. Me parece que esa exuberancia de teorías sexuales, que en su mayor parte, no son más que hipótesis, y no pocas veces hipótesis arbitrarias, brota de una necesidad personal, de la necesidad de justificar ante la moral burguesa, implorando tolerancia, las aberraciones de la propia vida sexual anómala o hipertrofiada. A mí me repugna por igual ese respeto hipócrita a la moral burguesa y ese constante hociquear en la cuestión sexual. Por mucho que se las dé de rebelde y de revolucionaria, esta actitud, es, en el fondo, perfectamente burguesa. Es, en realidad, una tendencia favorita de los intelectuales y de los sectores afines a ellos. En nuestro Partido, en el seno del proletariado militante, con conciencia de clase, no tienen nada que hacer estas cuestiones.

Yo objeté que, bajo el régimen de la propiedad privada y el orden burgués, el problema sexual y el problema del matrimonio envolvían múltiples preocupaciones, conflictos y penalidades para las mujeres de todas las clases y sectores sociales. Que la guerra y sus consecuencias habían venido precisamente a agudizar para la mujer los conflictos y las penalidades que las relaciones sexuales llevan consigo, poniendo al desnudo problemas que antes quedaban ocultos. La atmósfera de la revolución en marcha se prestaba magníficamente para esto. El viejo mundo de sentimientos y de ideas comenzaba a vacilar. Los antiguos vínculos sociales se aflojaban y se rompían, descubriéndose atisbos de nuevas relaciones y actitudes humanas. Dije que el interés por estas cuestiones era un signo de la necesidad que se sentía de claridad y de nuevas orientaciones. Que en esto se revelaba también una reacción contra la falsedad y la hipocresía de la sociedad burguesa. Que el tránsito de las formas del matrimonio y de la familia a lo largo de la historia, bajo la dependencia de la economía, se prestaba para destruir en la conciencia de las proletarias la fe supersticiosa en la eternidad de la sociedad burguesa. Que una actitud de crítica histórica ante estos problemas tenía necesariamente que conducir a un análisis despiadado del régimen burgués, a poner al desnudo sus raíces y sus efectos, a marcar con el hierro candente la hipocresía de la moralidad sexual. Que todos los caminos

llevaban a Roma. Que todo lo que fuere analizar con un criterio verdaderamente marxista una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad, un fenómeno social destacado, tenía que conducir necesariamente al análisis de la sociedad burguesa y del régimen básico de la propiedad, tenía forzosamente que desembocar ¡en el *Carthiginem est delendam*!

Lenin asentía sonriendo :

—Acaso lo tenemos. ¡Defiende usted como un verdadero abogado a sus camaradas y a su partido! Claro está que lo que usted dice es cierto. Pero, en el mejor de los casos, eso no hace más que disculpar, y no justificar el error cometido en Alemania. Esa conducta es y sigue siendo un error. ¿Podría usted asegurar seriamente que en aquellas lecturas y discusiones se estudian el problema sexual y el problema del matrimonio, desde el punto de vista del marxismo maduro, del materialismo histórico vivo y real? Esto exige una cultura amplísima y profunda, el dominio completo de un enorme material. ¿Dónde tienen ustedes los elementos para eso? Si los tuviesen, no se daría el caso de tomar por norma de enseñanza en esas lecturas y discusiones un folleto como el que he citado. En vez de criticarlo, se le recomienda y se le difunde. ¿Y adónde conduce esa manera superficial y antimarxista de tratar el problema? A que el problema sexual y el del matrimonio no se enfoquen como una parte del gran problema social, sino, por el contrario, éste, el gran problema social, como una parte, como un apéndice de los problemas sexuales. Lo principal se convierte en lo accesorio. Y esto no sólo siembra la confusión en estos problemas, sino que empeña los pensamientos, la conciencia de clase de las proletarias, en general.

"Además, y no es esto lo menos importante, ya el sabio Salomón decía que todo requería su tiempo. Y dígame usted, ¿acaso es este el momento de entretener meses y meses a proletarias explicándoles cómo se ama y se hace el amor, cómo se corteja y se dejan las mujeres cortejar? Claro está que todo es "en el pasado, en el presente y en el porvenir" y en los más diversos .pueblos. ¡Y luego dicen, muy orgullosas, que esto es mate-

rialismo histórico! No; en estos momentos, todos los pensamientos de las camaradas, de las mujeres del pueblo trabajador, deben concentrarse en la revolución proletaria. Esta echará también las bases para la necesaria renovación del matrimonio y de las relaciones sexuales. Hoy, son, en verdad, otros los problemas que están en primer plano, y no precisamente el de las formas matrimoniales de los negros australianos y el matrimonio entre hermanos en la antigüedad. El problema primario para los proletarios alemanes siguen siendo los Soviets. El Tratado de Versalles y sus efectos en la vida de las masas femeninas, el paro, la baja de salarios, los impuestos y muchas otras cuestiones: éstos son los problemas que hoy están a la orden del día. En una palabra, me sostengo en mi idea de que esa clase de cultura política social, que se da a las proletarias es falsa, completamente falsa. ¿Cómo pudo usted callarse ante estos hechos? Usted debió interponer su autoridad para evitarlo".

Expliqué al indignado amigo que, por falta de críticas y de reproches a las camaradas dirigentes de distintos sitios no había quedado, pero que ya sabía que nadie era profeta en su tierra ni entre su gente. Que mis críticas habían hecho recaer sobre mí la sospecha de que conservaba todavía "fuertes resabios de prejuicios socialdemócratas y de concepciones pequeñoburguesas pasadas de moda". Pero que, en fin de cuentas, la crítica no había sido en balde, pues el problema sexual y el del matrimonio no eran ya el eje de los cursos y de las discusiones. Pero Lenin siguió desarrollando la idea tratada.

—Ya sé, ya sé —dijo—; también a mí se me acusa en este respecto de filisteo por ciertas gentecillas, a pesar de lo que el filisteísmo me repugna, por lo que encierra de hipocresía y de estrechez. Pero, yo soporto pacientemente todo eso. Esos pajarillos de pico amarillo, salidos apenas del cascarón de los prejuicios burgueses, son siempre terriblemente listos. Pero, ¡qué se va a hacer! Hay que resignarse a eso, y no corregirse. También el movimiento juvenil adolece de modernismo en su actitud ante el problema sexual y en su exceso de preocupación por él —Lenin ponía en

la palabra "modernismo" un acento irónico, haciendo al pronunciarla un gesto desdeñoso Según me han informado muchos —continuó—, el problema sexual es también tema favorito de estudio en las organizaciones juveniles alemanas. Los conferenciantes no dan abasto, al parecer, a la apetencia del público. Y en el movimiento juvenil, este estrago es especialmente nocivo, especialmente peligroso. Fácilmente puede conducir, en no pocos jóvenes, a la exaltación y a la sobreexcitación de la vida sexual, destruyendo la salud y la fuerza juveniles. Es necesario que luchen ustedes también contra esto. No en vano el movimiento femenino y juvenil tienen muchos puntos de contacto. Nuestras camaradas debieran colaborar sistemáticamente en todos los países con la juventud. Esto sería una continuación y una exaltación de la maternidad de lo individual a lo social. Y hay que fomentar en la mujer todo lo que en ella apunte de vida y de actuación social, para ayudarla a vencer la estrechez de su psicología individual y pequeñoburguesa de hogar y de familia. Pero esto es una consideración incidental.

"También aquí una gran parte de la juventud se entrega apasionadamente a "revisar" las "concepciones burguesas y de la moral" en los problemas sexuales. Y debo añadir que se trata precisamente de una gran parte de nuestros mejores jóvenes, de los que realmente prometen. Es como usted decía antes. En la atmósfera de los estragos de la guerra y de la revolución en marcha, los viejos valores ideológicos se disuelven, al estremecerse las bases económicas de la sociedad, y pierden su fuerza coactiva. Y los nuevos valores cristalizan lentamente, a fuerza de luchas. También en punto a las relaciones humanas, a las relaciones entre hombre y mujer, se revolucionan los sentimientos y las ideas. Se trazan nuevos linderos entre el derecho del individuo y el derecho de la colectividad y, por tanto, el deber individual. Las cosas se hallan todavía en plena fermentación caótica. La orientación en la fuerza evolutiva de las diversas tendencias encontradas, no se destaca todavía con absoluta claridad. Es un proceso lento, y no pocas veces doloroso, de destrucción y de creación. Donde más se nota esto es precisamente en las relaciones sexuales, en el matrimonio y la familia. La decadencia, la podredumbre, la suciedad

del matrimonio burgués, con su difícil disolubilidad, con su libertad para el hombre y su esclavitud para la mujer, la hipocresía repugnante de la moral y de las relaciones sexuales, llenan de profundo asco a los seres espiritualmente más sensibles y mejores.

"La coacción del matrimonio burgués y de las leyes por que se rige la familia de los Estados burgueses, agudiza los males y los conflictos. Es la coacción de la "santa propiedad", que santifica la venalidad, la vileza y la porquería. La hipocresía convencional de la honesta sociedad burguesa se encarga del resto. La gente busca satisfacción a sus legítimos anhelos contra el orden repugnante y antinatural que impera. En tiempos como éstos, en que se derrumban reinos poderosos, en que se vienen a tierra instituciones antiquísimas y en que todo un mundo social amenaza con hundirse, los sentimientos individuales se transforman rápidamente, la apetencia y el anhelo de cambios en el goce se desbocan con harta facilidad.

"No basta con reformar las relaciones sexuales y el matrimonio en un sentido burgués. Es una revolución sexual y matrimonial la que se prepara, como corresponde a la revolución proletaria. Es lógico que este intrincado complejo de problemas que aquí se plantea interese muy especialmente a las mujeres y a la juventud, puesto que ambas son las primeras víctimas del falso régimen sexual imperante. La juventud se rebela contra este abuso con todo el ímpetu de sus años. Y se comprende. Nada sería más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad moral burguesa. Pero es peligroso que en esos años se convierta en eje de la vida la cuestión sexual, ya bastante fuerte de suyo por imperativo fisiológico. Las consecuencias de esto son fatales. Infórmese usted acerca de esto por nuestra camarada Lilina. Esta mujer ha podido recoger grandes experiencias en su larga labor en establecimientos de enseñanza de toda clase y usted sabe que se trata de una comunista de cuerpo entero y sin prejuicios.

"El cambio de actitud de los jóvenes ante los problemas de la vida sexual es, por supuesto, una cuestión "de principio", y pretende apoyarse en una teoría. Muchos llaman a su actitud "revolucionaria" y "comunista".

Y creen honradamente que lo es. A mi, que soy viejo, eso no me impone. Y aunque no tengo nada de asceta sombrío, me parece que lo que llaman "nueva vida sexual" de los jóvenes —y a veces también de hombres maduros— no es, con harta frecuencia, más que una vida sexual puramente burguesa, una prolongación del prostíbulo burgués. Todo eso no tiene nada que ver con la libertad amorosa, tal como la concebimos los comunistas. Seguramente conoce usted la famosa teoría de que, en la sociedad comunista, la satisfacción del impulso sexual, de la necesidad amorosa, es algo tan sencillo y tan sin importancia como "el beberse un vaso de agua". Esta teoría del vaso de agua ha vuelto loca, completamente loca a una parte de nuestra juventud, y ha sido fatal para muchos chicos y mucha muchachas. Sus defensores afirman que es una teoría marxista. Yo no doy tres perras chicas por ese marxismo que quiere derivar todos los fenómenos y todas las transformaciones operadas en la superestructura ideológica de la sociedad directamente y en línea recta de su base económica. No; la cosa no es tan sencilla, ni mucho menos. Ya lo puso de manifiesto hace mucho tiempo, por lo que se refiere al materialismo histórico, un tal Federico Engels.

"La famosa teoría del vaso de agua es, a mi juicio, completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual, no sólo se refleja la obra de la naturaleza, sino también la obra de la cultura, sea de nivel elevado o inferior. En su obra sobre los "orígenes de la familia", Engels ha demostrado la importancia que tiene el que el instinto sexual fisiológico se haya desarrollado y refinado hasta convertirse en amor sexual individual. Las relaciones entre los sexos no son un simple reflejo del intercambio entre la Economía social y una sociedad física aislada mentalmente por la consideración fisiológica. El querer reducir directamente a las bases económicas de la sociedad la transformación de estas relaciones, aislándolas y desglosándolas de su entronque con la ideología general, no sería marxismo, sino racionalismo. Es evidente que quien tiene sed debe saciarla. Pero, ¿es que el hombre normal y en condiciones normales, se dobla sobre el barro de la calle para beber en un charco? ¿O, simplemente, de un vaso cuyos bordes conservan las huellas grasientas de muchos labios?

Pero, todavía más importante que todo esto es el aspecto social. Pues el acto de beber agua es, en realidad, un acto individual, y en el amor intervienen dos seres y puede nacer un tercero, una nueva vida. En este acto reside un interés social, un deber hacia la colectividad.

"Como comunista, yo no tengo la menor simpatía por la teoría del vaso de agua, aunque se presente con la vistosa etiqueta de "emancipación del amor". Por lo demás, esta pretendida emancipación del amor no es ni comunista ni nueva. Como usted recordará, es una teoría que se predicó, principalmente, a mediados del siglo pasado en la literatura con el nombre de "libertad del corazón". Luego, la realidad burguesa demostró que de lo que se trataba era de libertar no al corazón, sino a la carne. Por lo menos, la predicación de aquel entonces denotaba más talento que la de hoy; por lo que se refiere a la realidad práctica, no puedo juzgar. Y no es que yo, con mi crítica, quiera predicar el ascetismo. Nada de eso. El comunismo no tiene por qué aspirar a una vida ascética, sino, por el contrario, a una vida gozosa y plena de fuerza, colmada, aun en lo que se refiere al amor. Pero, a mi parecer, esa hipertrofia de lo sexual que hoy se observa a cada paso, lejos de infundir goce y fuerza a la vida, se los quita. Y en momentos revolucionarios, esto es grave, muy grave.

"La juventud, sobre todo, necesita alegría y fuerza vital. Deportes sanos, gimnasia, natación, marchas, ejercicios físicos de todo género, variedad de intereses espirituales. ¡Aprender, estudiar, investigar, haciéndolo, siempre que sea posible, colectivamente!

"Todo esto dará a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre problemas sexuales y sobre el dichoso derecho a "vivir su vida". ¡Cuerpo sano, espíritu sano! Ni monje ni don Juan, pero tampoco ese término medio del filisteo alemán. Seguramente, conoce usted a nuestro joven camarada X. I. Z., un muchacho magnífico, inteligentísimo. Pues, a pesar de todo, temo que no saldrá nada de él. No hace más que saltar de aventura en aventura femenina. Eso no sirve para la lucha política, ni sirve para la revolución. Yo me fío muy poco de la solidez, de la perseverancia en la lucha de esas mujeres en quienes la novela personal se entreteje con la política. Y tampoco me fío de los hombres que corren

detrás de cada falda y se dejan pescar por la primera mujercita joven. Eso no se concilia con la revolución" —Lenin se puso en pie, golpeó la mesa con la mano y dio unos cuantos pasos por la habitación.

"La revolución exige concentración, exaltación de fuerzas. De las masas y de los individuos. No tolera esas vidas orgiásticas propias de los héroes y las heroínas decadentes de un D'Annuzio. El desenfreno de la vida sexual es un fenómeno burgués, un signo de decadencia. El proletariado es una clase ascensional. No necesita embriagarse, ni como narcótico ni como estímulo. Ni la embriaguez de la exaltación sexual ni la embriaguez por el alcohol. No debe ni puede olvidarse, ni olvidar lo abominable, lo sucio, lo salvaje que es el capitalismo. Su situación de clase y el ideal comunista son los mejores estímulos que pueden impulsarle a la lucha. Necesita claridad, claridad y siempre claridad. Por tanto, lo repito, nada de debilitarse, de derrochar, de destruir sus fuerzas. El que sabe dominarse y disciplinarse no es un esclavo, ni aun en amor. Pero, perdone usted, Clara. Me he desviado considerablemente del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? Las preocupaciones me han soltado la lengua. Me inquieta mucho el porvenir de la juventud. Es un fragmento de la revolución. Y si apuntan fenómenos nocivos que entran al mundo de la revolución arrastrándose desde el mundo de la sociedad burguesa —como las raíces de esas plantas parásitas, que se arrastran y se extienden a grandes distancias—, es mejor darles la batalla cuanto antes. Por lo demás, estos problemas forman también parte de los problemas de la mujer".

Lenin había hablado con gran vivacidad y una gran energía. Se veía que cada palabra le salía del alma, y la expresión de su cara lo confirmaba así. De vez en cuando, un enérgico movimiento hecho con la mano subrayaba un pensamiento. A mí me asombraba que Lenin no se preocupase solamente de los grandes problemas políticos, sino que dedicase también gran atención a las manifestaciones concretas y aisladas, ocupándose de ellas. Y no sólo en la Rusia soviética, sino también en los Estados gobernados todavía por el capitalismo. Como gran marxista que era, enfocaba

lo concreto, dondequiera y bajo la forma que se presentase, en conexión con lo general, con los grandes problemas, y en cuanto a su importancia respecto a éstos. Su voluntad, la meta de su vida, se encaminaban en bloque, inconmovibles como una fuerza natural irrefrenable, a un solo fin: acelerar la revolución como obra de las masas. Por eso lo valoraba y lo enjuiciaba todo por la reacción que pudiera producir sobre las fuerzas conscientes propulsoras de la revolución. De la revolución nacional e internacional, pues ante. sus ojos se alzaba siempre, abarcando en su integridad la realidad histórica concreta de los diversos países y las diversas etapas de la evolución, la revolución proletaria mundial, una e indivisible.

—¡Cómo siento, camarada Lenin —exclamé—, que no hayan oído sus palabras cientos, miles de personas! A mí, ya sabe usted que no necesita convencerme. Pero hubiera sido conveniente que los amigos y los enemigos escuchasen su opinión.

Lenin sonrió burlonamente :

—Tal vez escriba o hable algún día acerca de estas cuestiones. Más adelante; ahora no. Ahora, hay que concentrar toda la fuerza y todo el tiempo en otras cosas. Tenemos cuidados mayores y más graves. La lucha por afirmar y consolidar el Estado soviético no ha terminado todavía, ni mucho menos. Tenemos que digerir las consecuencias de la guerra con Polonia y procurar sacar lo mejor que podamos de su terminación. En el Sur está todavía Wrangel. Claro está que tengo la firme convicción de que terminaremos con él. Esto dará también que pensar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero tenemos todavía delante de nosotros la parte más difícil de nuestra tarea: la edificación. Esta pondrá también de relieve, como problemas actuales, los problemas de las relaciones sexuales, del matrimonio y la familia. Mientras tanto, tendrán ustedes que arreglárselas como puedan, cuando y donde esos problemas se planteen. Impidiendo que se traten de un modo antimarxista y que sirvan para alimentar desviaciones sordas y manejos ocultos. Y con esto, pasamos a hablar, por fin, de su labor —Lenin miró el reloj—.

El tiempo de que dispongo para usted va ya promediado — dijo—. He charlado más de la cuenta. Debe usted redactar líneas directrices para la labor comunista entre las masas femeninas. Como conozco la posición de principio de usted y su experiencia práctica, nuestra conversación acerca de esto puede ser breve. Vamos, pues, allá. ¿Cómo concibe usted esas líneas directrices?

Tracé un resumen rápido de ellas. Lenin asentía constantemente con la cabeza, sin interrumpirme. Cuando hube terminado, le miré como interrogándole.

—De acuerdo —manifestó—. Trate usted, además, del asunto con Zinovief. Convendría también que informase usted y discutiese acerca de esto en una sesión de los camaradas dirigentes. Es lástima, de veras es lástima, que no esté aquí la camarada Inessa. Ha tenido que irse enferma al Cáucaso. Después de la discusión, escriba usted las líneas directrices. Una comisión las estudiará y la Ejecutiva decidirá en último término. Yo sólo me manifestaré acerca de algunos puntos principales, en los que comparto en absoluto su criterio. Estos puntos los juzgo también de importancia para nuestra labor corriente de agitación y propaganda, si esta labor ha de preparar y hacer triunfar la acción y la lucha.

"Las líneas directrices deberán expresar nítidamente que la verdadera emancipación de la mujer sólo es posible mediante el comunismo. Hay que hacer resaltar con toda fuerza la relación indisoluble que existe entre la posición social y humana de la mujer y la propiedad privada sobre los medios de producción. Con esto, trazaremos una divisoria firme e imborrable entre nuestro movimiento y el movimiento feminista. Además, de este modo echaremos las bases para enfocar el problema de la mujer como una parte del problema social, del problema obrero, firmemente unida, por tanto, a la lucha proletaria de clases y a la revolución. Hay que conseguir que el movimiento femenino comunista sea también un movimiento de masas, una parte del movimiento general de las masas. No sólo de los proletarios, sino de los explotados y oprimidos de toda clase, de todas las víctimas del capitalismo y de cualquier otro poder. En eso

estriba también su importancia para la lucha de clases del proletariado y para su creación histórica : la sociedad comunista. Podemos sentirnos legítimamente orgullosos de tener dentro del partido, dentro de la Internacional Comunista una "elite" de mujeres revolucionarias. Pero esto no es decisivo. De lo que se trata es de ganar para nuestra causa a los millones de mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo. Para nuestras luchas, y muy especialmente para la transformación comunista de la sociedad. Sin atraer a la mujer, no conseguiremos un verdadero movimiento de masas.

"De nuestro punto de vista ideológico se deriva el criterio de organización. Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas. La que sea comunista, tiene su puesto en el partido, lo mismo que el hombre. Con los derechos y deberes comunistas. Acerca de esto, no puede haber discrepancias. Sin embargo, hay que reconocer un hecho. El partido debe poseer órganos, grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones, o como quieran llamarse, cuya misión especial sea despertar a las grandes masas femeninas, ponerlas en contacto con el partido y mantenerlas de un modo constante bajo su influencia. Para esto, es necesario, naturalmente, que laboremos de una manera sistemática entre esas masas femeninas, que disciplinemos a las mujeres más despiertas y las reclutemos y pertrechemos para las luchas proletarias de clase bajo la dirección del partido comunista. Y al decir esto, no pienso solamente en las proletarias, las que trabajan en la fábrica o las que atienden al fogón. Pienso también en las campesinas humildes, en las pequeñas burguesas de los diversos sectores sociales. También ellas son víctimas del capitalismo, y desde la guerra más que nunca. La psicología apolítica, asocial, rezagada de estas masas femeninas; su círculo aislado de acción, el corte todo de su vida son hechos que sería necio, absolutamente necio desdeñar. Para trabajar en este campo, necesitamos órganos especiales de trabajo, métodos de agitación y formas de organización especiales. Y esto no es feminismo: es eficacia práctica revolucionaria".

Le dije que sus palabras eran para mí un valioso estímulo, pues muchos camaradas, camaradas muy buenos, combatían de la manera más enér-

gica el que el partido crease órganos especiales para trabajar sistemáticamente entre las masas femeninas. Según ellos, esto era feminismo y reincidencia en las tradiciones socialdemócratas. Daban como razón el que los partidos comunistas; al reconocer que la mujer era en un todo igual al hombre, lógicamente tenían que actuar entre las masas trabajadoras sin admitir diferencia alguna, tratándose de mujeres. Estas debían atraerse a la par que los hombres y bajo las mismas condiciones. Y todo lo que fuese reconocer en el terreno de la agitación y de la organización las circunstancias apuntadas por Lenin, era calificado por los defensores de la opinión contraria de oportunismo, de deserción y traición a los principios.

—Esto no es nada nuevo, ni prueba nada —dijo Lenin—. No se deje usted sugestionar por esos argumentos. Vamos a ver, ¿por qué en ninguna parte —ni siquiera aquí en la Rusia soviética— militan en el partido tantas mujeres como hombres? ¿Por qué es tan insignificante la cifra de las obreras organizadas sindicalmente? Los hechos dan qué pensar. La resistencia a admitir estos órganos especiales indispensables para trabajar entre las grandes masas femeninas es un indicio de las concepciones muy de principio también, muy radicales, de nuestros queridos amigos del Partido Comunista Obrero. Según ellos, sólo puede haber una forma de organización: la unión obrera. En no pocas cabezas de mentalidad revolucionaria, pero confusa, se invocan los principios siempre que "faltan los conceptos", es decir, cuando la conciencia se cierra a los hechos reales y , objetivos, que no hay más remedio que reconocer. ¿Cómo se avienen esos guardianes de los "principios puros" a las necesidades imperativas, que la historia nos impone, de nuestra política revolucionaria? Ante la necesidad inexorable, fallan todos los discursos. Sin tener a nuestro lado a millones de mujeres, no podremos ejercer la dictadura, ni podremos edificar la sociedad comunista. A todo trance tenemos que encontrar el camino que nos lleve a ellas, estudiar, ensayar, para encontrar ese camino. Por eso estamos también en lo cierto cuando planteamos reivindicaciones a favor de la mujer. No se trata de nin-

gún programa mínimo ni reformista, como los de la socialdemocracia, los de la II Internacional. Con esto no hacemos ninguna profesión de fe en la eternidad, ni siquiera en la larga duración de las maravillas de la burguesía y de su Estado. No intentamos domesticar con reformas a las masas femeninas ni desviarlas de la lucha revolucionaria. No se trata de nada de esto ni de ninguna otra maniobra reformista. Nuestras reivindicaciones son otras tantas deducciones prácticas derivadas de las irritantes penalidades y humillaciones vergonzosas de la mujer, de su posición como ser débil y privado de derechos dentro de la sociedad burguesa. Al plantearlas, demostramos conocer todas estas miserias, sentir como una injusticia las humillaciones de la mujer y los privilegios del hombre. Que odiamos todo eso, sí ; que odiamos y queremos suprimir todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del obrero, a la campesina, a la mujer del hombre humilde y, hasta en ciertos respectos, a la mujer de las clases acomodadas. Los derechos y las medidas sociales que reclamamos para las mujeres de la sociedad burguesa son una prueba de que comprendemos y de que, bajo la dictadura del proletariado, reconoceremos la situación y los intereses de la mujer. Naturalmente que no como reformistas adormecedores y tutelares. No; nada de eso. Como revolucionarios, que llaman a la mujer a colaborar, como igual en derechos al hombre, en la transformación de la Economía y de la superestructura ideológica de la sociedad.

Yo le aseguré que compartía sus ideas, pero que éstas chocarían con la resistencia de muchos, que los espíritus inseguros y miedosos las rechazarían como sospechosas de oportunismo. Y que tampoco podía negarse que nuestras actuales reivindicaciones, en punto a la mujer, eran susceptibles de ser concebidas e interpretadas de un modo falso.

—¿Cómo? —exclamó Lenin, un poco bruscamente—. A ese peligro está expuesto todo cuanto digamos y hagamos. Y si, por miedo a incurrir en él, nos abstenemos de hacer lo que creamos conveniente y necesario, nos convertimos en los santos indios de las columnas. ¡No moverse, no tocar, pues podríamos caer desde lo alto de la columna de nuestros principios!

Por lo demás, en nuestro caso no hay que mirar solamente a lo que pedimos, sino a cómo lo pedimos. Creo haber apuntado bastante claramente a esto. Ya se sabe que nosotros no vamos a rezar propagandistamente nuestras reivindicaciones por la mujer como las cuentas de un rosario, sino que debemos luchar tan pronto por unas como por otras, a medida que lo requieran las circunstancias. Y siempre, naturalmente, en relación con los intereses generales del proletariado. Cada una de estas batallas nos coloca enfrente de la honorable hermandad burguesa y de sus no menos honorables lacayos reformistas. Obliga a éstos a una de dos cosas: o a luchar bajo nuestras banderas —cosa que no quieren—, o a desenmascararse. Por tanto, estas luchas deslindan nuestro campo y presentan a la luz del día nuestra faz comunista. Con ellas, ganamos la confianza de las grandes masas femeninas que se sienten explotadas, esclavizadas y pisoteadas por la supremacía del hombre, por la fuerza del patrono, por la sociedad burguesa entera. Traicionadas, abandonadas por todos, las mujeres trabajadoras reconocen que tienen que luchar a nuestro lado. Y no necesito jurarle ni hacerle jurar a usted que las luchas por las reivindicaciones femeninas deben ir asociadas también a la meta de la conquista del Poder, de la implantación de la dictadura proletaria. Esto es, en los momentos presentes, el alfa y el omega de nuestro movimiento. La cosa es clara, perfecta mente clara. Pero las grandes masas femeninas del pueblo trabajador no se sentirán irresistiblemente arrastradas a compartir nuestras luchas por el Poder, si nos limitamos a soplar una y otra vez este solo grito, aunque lo soplemos con las trompetas de Jericó. ¡No y no! Nuestras reivindicaciones deben ir políticamente asociadas también en la conciencia de las masas femeninas a las penalidades, a las necesidades y a los deseos de las mujeres trabajadoras. Estas deben saber que, para ellas, la dictadura proletaria significa la plena equiparación con el hombre ante la ley y en la práctica, dentro de la familia, en el Estado y en la sociedad, así como también el estrangulamiento del poder de la burguesía.

—El ejemplo de la Rusia soviética —exclamé yo, interrumpiéndole— lo prueba, y ese será nuestro gran modelo.

Lenin prosiguió :

—La Rusia soviética presenta nuestras reivindicaciones femeninas bajo un ángulo visual nuevo. Bajó la dictadura del proletariado, ya no son objeto de lucha entre el proletariado y la burguesía. Implantadas, se convierten en piedras para el edificio de la sociedad comunista. Esto demostrará a las mujeres de otros países la importancia decisiva que tiene la conquista del Poder por el proletariado. Hay que subrayar claramente la diferencia, si queremos atraernos a las masas femeninas para las luchas revolucionarias de clase del proletariado. La movilización de la mujer, realizada con una conciencia clara de los principios y sobre una base firme de organización, es una cuestión vital para los partidos comunistas y para su triunfo. Pero no nos engañemos. Nuestras secciones nacionales no ven todavía claro esto. Se comportan de un modo pasivo, indolente, ante el problema de organizar el movimiento de masas de las mujeres trabajadoras bajo la dirección comunista. No comprenden que el desarrollo y el encauzamiento de este movimiento de masas es una parte importante de las actividades globales del partido, más aún, el cincuenta por ciento de labor general del partido. Y si de vez en cuando reconocen la necesidad y el valor de organizar un movimiento femenino enérgico, con una clara meta comunista, no es más que un reconocimiento platónico de labios afuera, al que no corresponden un desvelo constante y la conciencia del deber de laborar día tras día.

"Se considera la actuación agitadora y propagandista entre las masas femeninas, la obra de despertar y revolucionar a la mujer, como algo secundario, como incumbencia de las camaradas solamente. Y se las reprocha, a ellas, el que las cosas no vayan más de prisa y se desarrollen con más fuerza. ¡Eso es falso, rematadamente falso! Verdadero separatismo y feminismo rebours, como dicen los franceses, ¡feminismo a contrapelo! ¿Qué hay. en el fondo de esta manera falsa de plantearse el problema nuestras secciones nacionales? No hay, en última instancia, más que un desdén hacia la mujer y hacia la obra que ésta puede realizar. Sí, señor. Desgraciadamente, también de muchos de nuestros camaradas se puede decir aquello de "escarbad en el comunista y aparecerá el filisteo". Escar-

bando, naturalmente, en el punto sensible, en su mentalidad acerca de la mujer. ¿Se quiere prueba más palmaria de esto que la tranquilidad con que los hombres contemplan cómo la mujer degenera en ese trabajo mezquino, monótono, de la casa; trabajo que dispersa y consume sus fuerzas y su tiempo, y sumisión al hombre? Se le facilita, con arreglo a sus dotes y a su vocación, plena intervención dentro de la sociedad. Los niños obtienen de este modo condiciones más favorables para su desarrollo que dentro de la familia. Poseemos las leyes más avanzadas del mundo en materia de protección a las obreras, y los mandatarios de los obreros organizados las ejecutan. Creamos establecimientos de maternidad, asilos para madres y niños de pecho, organizamos centros técnicos para aconsejar a las madres, cursos para la crianza de los niños de pecho y de edad temprana, etc. Hacemos los mayores esfuerzos posibles por aliviar las penalidades de las mujeres abandonadas y sin trabajo.

"Sabemos perfectamente que todo esto no es mucho, comparado con las necesidades de las masas femeninas trabajadoras, que dista muchos de ser todavía su emancipación completa y efectiva. Pero, comparado con lo que ocurría en la Rusia zarista y capitalista, representa un progreso enorme. Y puede incluso compararse sin miedo con la realidad de aquellos países en los que todavía impera sin traba ni cortapisa el capitalismo. Es un buen principio de la dirección acertada. Principio que hemos de seguir desarrollando consecuentemente con toda energía; pueden ustedes, en el extranjero, estar seguros de ello. Pues cada día que pasa y se mantiene la existencia del Estado soviético viene a demostrar todavía más claramente que no podremos salir adelante sin contar con los millones de mujeres. Imagínese usted lo que esto representa en un país en que más de un ochenta por ciento de la población son campesinos. La pequeña explotación campesina es inseparable de la economía doméstica y de la esclavitud familiar de la mujer. En este respecto, ustedes tendrán que luchar con menos dificultades que nosotros. Siempre y cuando, naturalmente, que los proletarios de sus países acaben por comprender de una vez que las cosas están maduras para la conquista del Poder, para la revolución. Sin embargo, nosotros, a pesar de las grandes dificultades que se nos oponen, no

desesperamos. Conforme crecen las dificultades, crecen también nuestras fuerzas. Las necesidades prácticas nos trazarán también nuevos caminos para la emancipación de las masas femeninas. El cooperativismo prestará en este punto grandes servicios, aliado al Estado soviético. Naturalmente, un cooperativismo comunista, no ese cooperativismo burgués que predican los reformistas, cuyo antiguo entusiasmo revolucionario se ha convertido en vinagre barato. A la par con el cooperativismo, deberá desarrollarse la iniciativa personal, convertida en actuación colectiva y fundida con ella. Bajo la dictadura proletaria, la emancipación de la mujer avanzará también en la aldea, conforme se vaya realizando el comunismo. En este punto, yo cifro las mejores esperanzas en la electrificación de nuestra industria y de nuestra agricultura. ¡Grandiosa obra, ésta! Grandes, inmensas son las dificultades con que tropieza su realización. Para resolverlas, será necesario desplegar, educar las más gigantescas fuerzas de las masas. En esta obra deberán colaborar millones de fuerzas femeninas".

Durante los últimos diez minutos, habían llamado por dos veces a la puerta. Lenin siguió hablando. Al terminar, abrió la puerta y dijo:

—Voy en seguida:

Luego se volvió a mí y añadió riéndose :

—Ahora me aprovecharé de haber estado reunido con una mujer. Excusaré, naturalmente, mi tardanza con la consabida elocuencia femenina, aunque la verdad es que esta vez no ha sido precisamente la mujer, sino el hombre, el que se ha excedido hablando. Por lo demás, puedo certificar que sabe usted escuchar de un modo admirable. Tal vez haya sido eso precisamente lo que me haya tentado a hablar tanto.

Mientras pronunciaba estas palabras en broma, Lenin me ayudaba a ponerme el abrigo:

—Abríguese usted bien —me dijo cariñosamente—. Moscú no es Stuttgart. Ya la atenderán a usted. No se vaya a enfriar. Hasta la vista.

Hacia unas dos semanas más tarde volví a sostener otra conversación con Lenin acerca del movimiento femenino. Vino a visitarme. Su visita

fue, como era casi siempre, inesperada, una improvisación en medio del gigantesco agobio de trabajo que pesaba sobre el guía de la revolución triunfante. Lenin parecía estar muy fatigado y preocupado. La derrota de Wrangel no era un hecho todavía y el aprovisionamiento de víveres de las grandes ciudades tenía sus ojos clavados en el gobierno soviético como una esfinge inexorable.

Me preguntó en qué estado se hallaban las líneas directrices o las tesis. Le dije que se había reunido una gran comisión en la que habían intervenido y expuesto su criterio todas las camaradas presentes en Moscú, y que las directrices estaban terminadas y serían pronto discutidas en una comisión menos numerosa. Me dijo que debíamos procurar que el tercer Congreso mundial tratase de este asunto a fondo, como la cosa lo requería. Con este solo hecho se vencerían muchos de los prejuicios de los camaradas.

Aparte de esto, era necesario que las camaradas se destacasen atacando, de firme.

—Nada de cuchichear, como buenas comadres, sino hablar alto y claro, como luchadoras —exclamó Lenin, con energía—. Un Congreso no es ningún salón en el que las mujeres hayan de brillar por sus gracias, como en las novelas. Es un campo de batalla, en el que cada cual tiene que luchar por ideas claras paró la actuación revolucionaria. Prueben ustedes que saben luchar. Con el enemigo, ante todo, naturalmente ; pero también dentro del partido, cuando haga falta. No hay que olvidar que se trata de las grandes masas femeninas. Nuestro partido ruso apoyará todas ha proposiciones y todas las medidas que ayuden a conquistarlas. Si estas masas no vienen a nosotros; los contrarrevolucionarios pueden conseguir llevárselas con ellos. No hay que perder de vista esto.

—Sí, hay que conquistar a las masas femeninas, aunque, como se decía de Stralsund, estén atadas con cadenas al cielo —intervine yo, recogiendo el pensamiento de Lenin—. Aquí, en el ambiente de la revolución, con su plétora de vida y sus rápidas y fuertes pulsaciones, he concebido el plan de una gran acción internacional entre las masas femeninas trabajadoras.

Este plan me lo han sugerido, muy especialmente, los grandes congresos y conferencias de mujeres sin partido que aquí se celebran. Hay que intentar trasplantar estos métodos del campo nacional al campo internacional. Es innegable que la guerra mundial, con sus estragos, han conmovido en lo más profundo a grandes masas de mujeres de las más diversas clases y sectores sociales. Las ha agitado, ha sembrado en ellas la inquietud. En forma de las más angustiosas preocupaciones por el sustento y el contenido de su vida, se alzan hoy ante la mujer problemas que la mayoría de ellas apenas sospechaban y que muy pocas enfocaban claramente. La sociedad burguesa es incapaz de dar una solución satisfactoria a estos problemas. Esto sólo puede hacerlo el comunismo. Y esto es lo que tenemos nosotros que llevar a la conciencia de las grandes masas femeninas de los países capitalistas, organizando con este objeto un gran Congreso internacional de mujeres sin partido.

Lenin no me contestó inmediatamente. Con la mirada como vuelta hacia adentro, la boca apretada y el labio inferior un poco saliente, meditaba.

—Sí —dijo al cabo de un rato—, habrá que hacerlo. El plan es bueno. Pero el mejor plan, el más excelente, no sirve de nada si no se lo sabe manejar. ¿Ha pensado usted ya acerca de su ejecución? ¿Cómo concibe usted ésta?

Le expuse minuciosamente mis ideas acerca de esto. Le dije que lo primero era formar un Comité integrado por unas cuantas camaradas de distintos países y que, manteniéndose en constante y estrecho contacto con nuestras secciones nacionales, se encargase de preparar, ejecutar y utilizar el Congreso. Si este Comité podía comenzar a actuar inmediatamente de un modo oficial y público o no, era una cuestión de oportunidad que habría que meditar. En todo caso, la primera tarea de sus miembros en cada país raería establecer contacto con las dirigentes de las obreras sindicalmente organizadas, con las dirigentes del movimiento político proletario de la mujer, y de organizaciones femeninas burguesas de todas las clases y tendencias, como médicas, profesoras, escri-

toras, etc., de prestigio, y formar un Comité nacional y sin partido de trabajo y de preparación del Congreso. Con miembros de estos Comités nacionales se formaría un organismo internacional, cuya misión sería preparar y convocar el Congreso internacional, fijar su orden del día y sitio y fecha para su celebración.

El Congreso debería tratar en primer término, a mi juicio, el derecho de la mujer al trabajo profesional. En relación con esto, podían plantearse los problemas del paro, del salario y del sueldo iguales para rendimiento igual; de la jornada legal de ocho horas y de las leyes de protección para las obreras, de la organización sindical y profesional, de la asistencia social para la madre y el niño, de las instituciones sociales para aliviar de sus labores a las mujeres de casa y a las madres, etc. En el orden del día deberían figurar, además, el problema de la posición de la mujer ante el derecho matrimonial de familia y ante el derecho público. Razoné estas proposiciones y seguí exponiendo cómo los comités nacionales habrían de preparar concienzudamente el Congreso en cada país, por medio de una campaña sistemática de mítines y en la prensa. Dije que esta campaña tenía una importancia especial para poner en pie a las grandes masas de mujeres, para impulsarlas a que se ocupasen seriamente de los problemas puestos a discusión y para encauzar su atención hacia el Congreso y, por tanto, hacia el comunismo y hacia los partidos de la Tercera Internacional. Que esta campaña debía orientarse hacia las mujeres trabajadoras de todas las capas sociales, asegurando la asistencia y la colaboración en el Congreso de representantes de todas las organizaciones femeninas invitadas y de delegadas de todos los mítines de mujeres que se organizasen. Y el Congreso debía ser una verdadera "representación popular , aunque en un sentido muy distinto al de los parlamentos burgueses.

Que, indudablemente, los comunistas debían ser, no sólo la fuerza propulsora, sino también, y sobre todo, la fuerza dirigente del trabajo de preparación. Que para ello debían contar con el apoyo más enérgico de nuestras secciones. Y que esto se refería también, naturalmente, a la

actuación del Comité internacional, a los mismos trabajos del Congreso y al modo de utilizar en gran escala los resultados de éste. Que en el Congreso se debían presentar tesis o bien proposiciones comunistas a todos los problemas, nítidamente perfiladas, en cuanto a los principios, y procurando, además, que estuviesen objetivamente, razonadas y con un dominio científico de los hechos sociales. Que estas tesis debían ser previamente discutidas y aprobadas por la Ejecutiva de la Internacional Comunista. Que las soluciones y consignas comunistas debían ser el eje de los trabajos del Congreso, haciendo girar en torno a ellas la atención pública. Que, una vez celebrado el Congreso, estas consignas debían difundirse por medio de la agitación y la propaganda entre las más amplias masas femeninas y presidir las acciones internacionales de masas de la mujer. Que una condición inexcusable vara ello era, evidentemente, que las comunistas actuasen en todos los comités y en el mismo' Congreso como una unidad cerrada y firme, que colaborasen de un modo fundamentalmente claro y sistemáticamente inconmovible, sin permitir que nadie danzase por su cuenta.

Durante la exposición de mis ideas, Lenin había asentido varias veces con la cabeza y hecho varias interrupciones breves de conformidad, con lo que yo decía.

—Creo, querida camarada —dijo cuando hube terminado—, que ha enfocado usted la cosa muy bien en el aspecto político y también en lo fundamental, por lo que se refiere a la organización. Yo opino en absoluto que en las circunstancias actuales, ese Congreso podría tener una gran importancia. Podría ponernos en contacto con grandes masas de mujeres, y, muy especialmente, con masas de mujeres de todas las profesiones, obreras industriales, obreras domiciliarias, y también con las maestras y otras empleadas públicas. ¡Sería magnífico, magnífico! No hay más que pensar en la situación que se plantearía en las grandes luchas económicas, e incluso en las huelgas políticas. ¡Qué incremento más enorme de fuerza significarían para el proletariado revolucionario esas masas de mujeres puestas conscientemente en rebeldía! Siempre, naturalmente, que con-

siguiésemos atraérnoslas y supiésemos retenerlas a nuestro lado. Saldríamos ganando con ello mucho, muchísimo. Pero, vamos a ver, ¿qué criterio tiene usted acerca de algunos puntos concretos? Es muy probable que los gobiernos no viesen con buenos ojos la obra del Congreso, que pretendiesen impedirlo. Claro está que difícilmente se atreverían a reprimirlo brutalmente. Ya sé que a usted esto no la intimida. Pero, ¿no teme usted que en los comités y en el mismo Congreso las comunistas podrían verse arrolladas por la preponderancia numérica de las mujeres burguesas y reformistas y por su rutina? Y además, y sobre todo, ¿confía usted realmente en la formación marxista de nuestras camaradas, cree usted que podría reclutarse entre ellas una tropa de Choque capaz de sostener la lucha con honor?

Le contesté que las autoridades difícilmente procederían contra el Congreso por la violencia y que las mortificaciones y las brutalidades que se cometiesen contra él no conseguirían más que hacer campaña en su favor y en el nuestro. Que al número y a los métodos rutinarios de los elementos no comunistas, nosotras, las comunistas, opondríamos la superioridad científica del materialismo histórico en el modo de concebir y esclarecer los problemas sociales y en la consecuencia de nuestras medidas para resolverlos, y, por último, el triunfo de la revolución proletaria en Rusia y la obra fundamental de ésta por la emancipación de la mujer. Que los flacos y las faltas que hubiese en cuanto a la formación y a la capacidad de algunas camaradas se podían compensar con una preparación y una colaboración sistemáticas. Que en este respecto, cifraba mis mejores esperanzas en las camaradas rusas, que serían el núcleo de hierro de nuestra falange. Que del brazo de ellas yo me lanzaría con toda tranquilidad a batallas mayores que las de un Congreso. Y que, además, si nos derrotaban por votos, esta batalla haría pasar a primer plano la causa del comunismo y tendría una importancia propagandista enorme, procurándonos puntos de contacto y elementos para seguir trabajando.

Lenin se echó a reír con todas sus ganas:

—¡Siempre la misma entusiasta defensora de las revolucionarias rusas! Sí, sí, acero viejo no se oxida. En el fondo, creo que tiene usted razón. También la derrota después de una dura lucha sería un avance, una preparación para futuras conquistas entre las masas de mujeres trabajadoras. Bien mirado todo, se trata de una empresa digna de todo lo que en ella se aventure. La derrota nunca podría ser completa. Y, naturalmente, yo confío en el triunfo, deseo el triunfo de todo corazón. Este triunfo reforzaría enormemente nuestro poder, extendería y consolidaría en grandes proporciones nuestro frente de lucha, traería a nuestras filas vida, movimiento, actividad. Y esto siempre está bien. Además, ese Congreso sembrarla y avivaría en el campo de la burguesía y de sus amigos reformistas la inquietud, la inseguridad, los antagonismos, los conflictos. ¡Hay que imaginarse todos los elementos que se reunirían en el Congreso bajo un mismo techo con las "hienas de la revolución", y, si las cosas viniesen bien dadas, bajo su dirección: las buenas y sumisas socialdemócratas que acatan la alta jefatura de Scheidemann, Dittmann y Legien; las piadosas cristianas, bendecidas por el Papa o arrodilladas ante Lutero; respetables hijas de altos consejeros y consejeras de gobierno recién salidas del horno; pacifistas inglesas con porte de "*ladies*", y apasionadas feministas francesas! ¡Qué estampa de caos, de decadencia, de mundo burgués, sería este Congreso! ¡Qué magnífico reflejo de su incapacidad para encontrar un camino y una solución! Los efectos de este Congreso acentuarían la descomposición y debilitarían con ello las fuerzas de la contrarrevolución. Todo lo que sea debilitar la potencia del enemigo, es robustecer nuestra propia fuerza. Yo soy partidario de ese Congreso; hable usted de ello con Grigory. Ya verá usted cómo comprende en todo su alcance la importancia del asunto. Nosotros lo apoyaremos enérgicamente. ¡Manos, pues, a la obra, y mucha suerte!

Todavía hablamos un rato acerca de la situación en Alemania y principalmente acerca del próximo "Congreso de unificación" de los viejos "espartaquistas", con el ala de izquierda de los independientes.

Luego, Lenin se fue corriendo, y, al pasar por una habitación, en la que estaban trabajando algunos camaradas, los saludó cordialmente. Mi plan encontró también la aprobación del camarada Zinovief. Me entregué llena de esperanza a los trabajos preparatorios. Desgraciadamente, la idea del Congreso se estrelló contra la intransigencia de las camaradas alemanas y búlgaras, que, por aquel entonces, eran las que, fuera de la Rusia soviética, acaudillaban el mejor movimiento femenino comunista. Cuando se lo conté a Lenin, este exclamó:

—¡Qué lástima, qué lástima! Estas camaradas han desperdiciado una magnífica ocasión para abrir a grandes masas de mujeres una perspectiva de esperanza y atraerlas así a las luchas revolucionarias del proletariado. ¡Quién sabe si esa ocasión propicia volverá a presentarse tan pronto! El hierro hay que machacarlo cuando está al rojo. Pero el problema queda en pie. Deben ustedes buscar el camino de llegar a las masas de mujeres, lanzadas por el capitalismo a la miseria más espantosa. ¡Tienen ustedes que buscarlo, cueste lo que cueste! Ante este imperativo, no hay escapatoria posible. Sin un movimiento organizado de masas bajo la dirección de los comunistas no podremos triunfar sobre el capitalismo ni edificar el comunismo. Por eso el Aquerón de las masas femeninas no tiene más remedio que moverse, más tarde o más temprano.

* * *

El primer año del proletariado revolucionario sin Lenin. Este año ha venido a comprobar la firmeza de su obra, la descollante genialidad del guía y del maestro. Nos ha hecho sentir cuán grande y cuán insustituible es la pérdida sufrida. Los cañonazos sordos anuncian la hora sombría, en que hoy hace un año Lenin cerró para siempre aquellos ojos que sabían mirar tan lejos y tan hondo. Veo las filas interminables de hombres y mujeres del pueblo trabajador que marchan, envueltos en tristeza, hacia la tumba de Lenin. Su duelo es mi duelo, es el duelo de millones de seres. Pero del dolor reavivado se alza con fuerza arrolladora el recuerdo, que es una realidad ante la que el presente angustioso se derrumba. Me parece estar escuchando cada palabra pronunciada por Lenin ante mí. Me parece estar

viendo todos los gestos de su cara... Miles de banderas se inclinan ante su tumba; son banderas teñidas con la sangre de las luchas revolucionarias. Miles de coronas de laurel se depositan sobre ella. Todo es poco. A ello uno yo estas modestísimas páginas.

Moscú, fines de enero de 1925.

TÍTULOS QUE INTEGRAN ESTA COLECCIÓN

LA POLÍTICA
Aristóteles

EL ORIGEN DE LA FAMILIA, LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL ESTADO
Federico Engels

EL CONTRATO SOCIAL
Jean Jacques Rousseau

EL PRÍNCIPE
Nicolás Maquiavelo

EL ARTE DE LA GUERRA
Sun Tzu

UTOPÍA
Tomás Moro

REFORMA O REVOLUCIÓN
Rosa Luxemburgo

CARTA SOBRE LA TOLERANCIA /SEGUNDO TRATADO
SOBRE EL GOBIERNO CIVIL
John Locke

ENSAYOS MORALES, POLÍTICOS Y LITERARIOS
David Hume

EL ESPÍRITU DE LAS LEYES
Montesquieu

LA ESCLAVITUD FEMENINA / SOBRE LA LIBERTAD
John Stuart Mill

REFLEXIONES SOBRE LA PAZ
Madame de Staël

LA MONARQUÍA
Dante Alighieri

RECOPILACIONES DE ESCRITOS
Emma Goldman

UNIÓN OBRERA
Flora Tristán

OBRAS ESCOGIDAS
Rosa Luxemburgo

¿QUÉ ES LA POLÍTICA?
Hannah Arendt

ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO
Hannah Arendt

EL PRINCIPIO FEDERATIVO / ¿QUÉ ES LA PROPIEDAD?
Pierre Joseph Proudhon

DIOS Y EL ESTADO / ESTATISMO Y ANARQUÍA
Mijaíl Bakunin

RECUERDOS SOBRE LENIN
Clara Zetkin

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA / LA JUVENTUD COMUNISTA Y LA MORAL SEXUAL / EL COMUNISMO Y LA FAMILIA / PLATAFORMA DE LA OPOSICIÓN OBRERA
Alejandra Kollontai

EL ESTADO / CAMPOS, FÁBRICAS Y TALLERES
Pedro Kroptkin

Recuerdos sobre Lenin

Edición a cargo de Ediciones y Recursos Tecnológicos, S.A. de C.V.
Se terminó de imprimir en diciembre de 2019 en los talleres
INFAGON, S. A. de C.V.
Alcalceria no. 8, Col. Zona Norte Central de Abastos,
Iztapalapa, México, Ciudad de México.
La edición consta de 3,000 ejemplares.

Recuerdos sobre Lenin

Clara Zetkin

La estrecha amistad que se forjo entre Clara Zetkin y Vladimir Ilich Uliánov, mejor conocido como Lenin, les permitió tener largas y sustanciosas conversaciones, tanto en tertulias con diferentes mujeres del partido bolchevique, como en lo privado, logrando así una serie de interesantes entrevistas que pasarían a formar esta obra.

Siendo Lenin un claro defensor de los derechos de la mujer y de la importancia de la emancipación de esta, las jornadas de entrevistas, reuniones y misivas entre ellos fue extensa.

En estos intercambios de ideas con Zeltkin, Lenin se despojaba de su retórica revolucionaria y conversaba abiertamente no solo de los problemas sociales y económicos que convulsionaban a Rusia, sino que se atrevía a centrarse sobre el papel de la mujer en el matrimonio, los problemas sexuales por los que atravesaban las camaradas y el significativo papel de implementar una revolución sexual. Concluían la mayoría de las veces que la lucha por la reivindicación de la mujer, debía de lograrse por una política de Estado firme que hicera efectivas sus demandas.